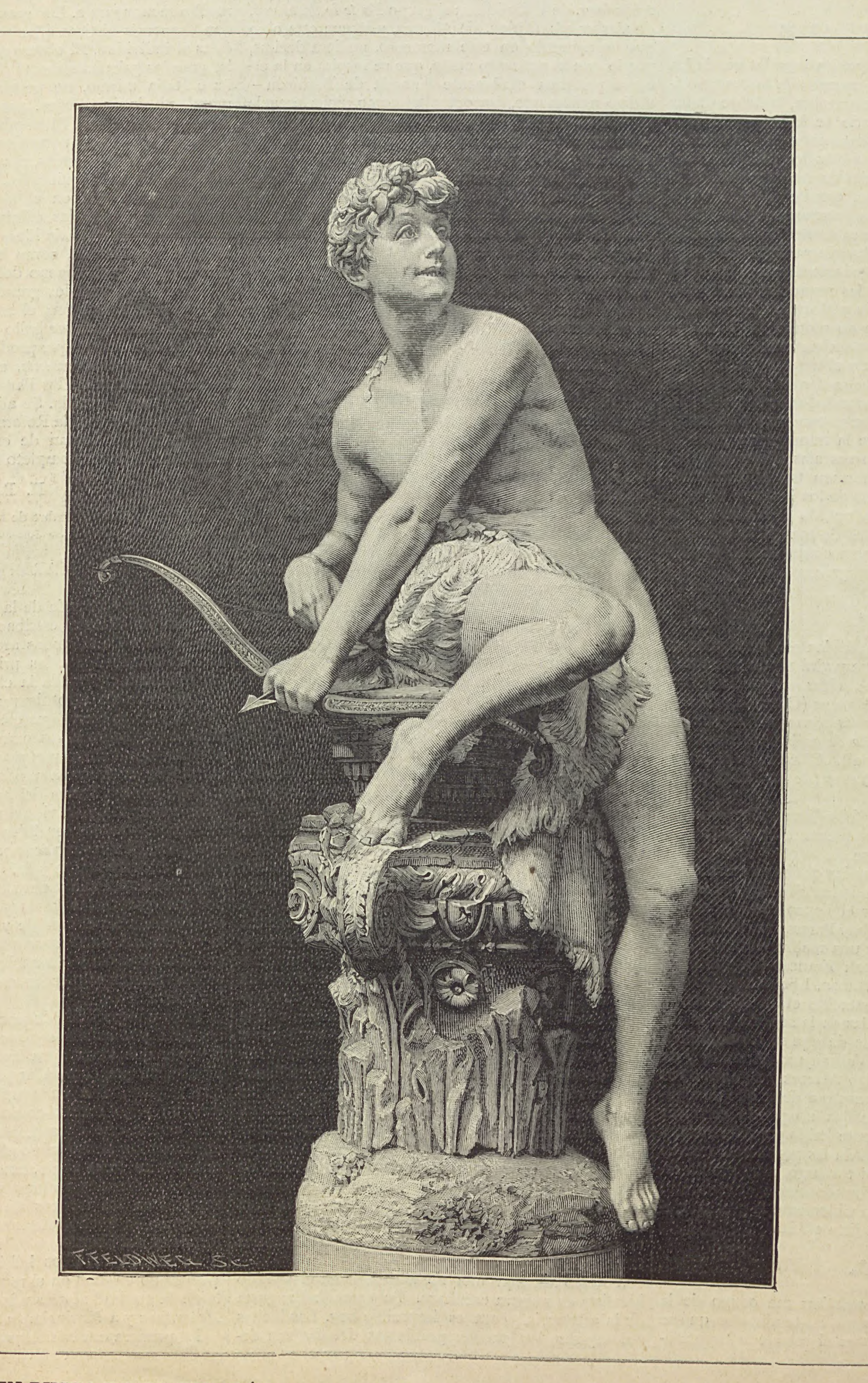
La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 21 de noviembre de 1892 — Núm. 569

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN BUSCA DE UN CORAZÓN, escultura de Gustavo Eberlein (Exposición internacional de Munich, 1892)

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

Cuando esta *Crónica* la lean los suscriptores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, el encanto de lo desconocido, la esperanza de la incertidumbre, la fiebre de las discusiones apasionadas, todo se habrá encalmado para desvanecerse por completo antes de que termine el año. Dentro de muy pocos días los periódicos habrán publicado la lista oficial de recompensas de la sección española de pintura, escultura, arquitectura y grabado de la Exposición internacional de Bellas Artes, y dos días más tarde sabremos cuántas medallas y cruces se otorgan á Francia y Alemania.

La tarea del Jurado fué laboriosísima. A la mitad de los debates presentaron las renuncias de sus cargos los Sres. Muñoz Degrain y Moreno Carbonero, y el presidente de la sección de pintura Sr. Martínez Cubells se retiró enfermo con ánimos suficientes para prolongar la enfermedad todo el tiempo que la Exposición estuviese abierta. Vuelto á reunirse el Jurado de pintura, después de varios trabajos de conciliación, parece ser que las discusiones tomaron otro sesgo menos rudo y el espíritu de la transigencia y aun el de la benevolencia batieron sus alas sobre las cabezas de los individuos que forman tan alto tribunal. Así, me decía hace horas uno de los jurados: «Amigo Balsa de la Vega, hemos adoptado el hábito de los frailes menores, porque es el de manga más ancha. Medallas de segunda y tercera clase pasarán seguramente de setenta las que otorgaremos.»

***

Las medallas de oro concedidas son las siguientes (salvo variante ligerísima que podrá ser de aumento): *Flevit super illam* (Simonet), *¡Otra margarita!* (Sorolla), *Huelga de mineros en Vizcaya* (Cutanda), *El cardenal Cisneros examinando los planos del hospital de Illescas* (Ferrant), *El derecho de asilo* (Amérigo), *La cuna vacía* (Menéndez Pidal), *El milagro de Santa Casilda* (Nogales), aguas fuertes (de los Ríos), paisaje (Morera).

Escultura: *Los primeros fríos* (Blay), *Dos de mayo de* 1808 (Marinas). De arquitectura ignoro la propuesta hoy 14 de noviembre.

Segundas medallas sé que las obtienen entre otros los Sres. Santamaría por su cuadro *El triunfo de la santa Cruz;* Galofre Oller, por el lienzo *Pena de azotes;* Plá, por el que titula *Las doce;* Patermina, por la sentida escena que representa una madre visitando á su hija enferma en el hospital; Francés (D. Plácido), por *Un consejo del padre;* Bilbao, Llimona y creo que por sus dibujos de ornamentación el Sr. Xumetra.

Respecto de las segundas de la sección de escultura, tengo también noticias de que se las conceden á los Sres. Parera, Fuxá, Vallmitjana, Amutio; y de tercera, á Campeny, Rodrigo Alvarez y algunos otros que no recuerdo. Me apresuro á decir que de algunas de las medallas indicadas no puedo certificar de que sean ciertas, solamente hablo por referencia, y me consta que todavía sufrirán las propuestas nuevos exámenes y votaciones. Sin embargo, muy pronto será conocido el fallo del Jurado; quizá cuando este artículo entre en cajas, probablemente la prensa madrileña habrá publicado la lista oficial.

***

Ya que en *Verdades y mentiras* me ocupo de la sección de pintura, estudiando las tendencias que se dibujan en este arte, así como el valor ó la importancia psíquica de las obras, en estas *Crónicas* diré algo de la sección de escultura.

Por de pronto puedo afirmar como, con relación á la última exposición celebrada en Madrid, es muy deficiente en esta, así por el escaso número de obras, como por la poca importancia de casi todo lo que de escultura se exhibe. No es esto negar en absoluto que no guarde el Palacio del Hipódromo muestras interesantes del progreso que en el arte de Fidias viene realizándose en España desde hace algunos años; pero á pesar de lo dicho, y aun teniendo en cuenta la cantidad de escultura producida por nuestros escultores en el año que va á terminar, no por eso las tendencias de los estatuarios que al certamen concurren dejan de determinarse claramente en cuanto exhiben.

Dos tendencias son las dominantes y dos los ideales que la escultura española persigue. La llamada *clásica*, si poco representada, tiene todavía cultivadores; la *modernista* (aceptemos por ahora el galicismo) se muestra boyante. Respecto de los ideales, éstos concrétanse mucho más que en la pintura.

La escultura bucólica, con sus tipos genuinos, como son las estatuas *La Formiga*, de Campeny; *La trilladora*, de Vallmitjana; el grupo *Ya te lo devolveré*, de Carbonell; *Dafnis*, de Alvarez, y alguna otra obra que no recuerdo en este momento, pudiera decirse, por lo que al concepto atañe, que se inspira en la escuela pictórica malamente llamada de Barbizón – y digo malamente, por entender como dicha escuela no existió en realidad jamás. – La escultura mística tiene también relativa importancia, quizás mayor que la bucólica, no porque sea mayor el número de esculturas, sino por abarcar dentro del concepto variedad bastante. *Tota pulchra est Maria*, de M. Garnelo; *Consummatum est*, de Atché; *San Francisco de Asís*, de Fuxá, y *San Luis Gonzaga*, de Reynés; como *Ezequiel*, de González del Valle, como *Colón*, de Gandarias, como la *Alegoría de la Arquitectura*, como otras dos ó tres esculturas más, señalan los derroteros que inconscientemente sigue el arte de la estatuaria entre nosotros, dentro de ese campo del cual dijo un ilustre pensador español que ya no daría frutos al artista.

Para mí, los grupos de Marinas, Parera y Amutio, *Dos de Mayo de* 1808, *Gerona* 1809 y *Por la Patria*, están dentro del sentir místico del arte moderno. Si alguna idea, si algún sentimiento existe (por cien razones y por cien que no son razones, porque pertenecen al sentimiento, ilógico la mitad de las veces en sus afectos) capaz de llevar al hombre más cobarde hasta el heroísmo, al usurero á quemar su hacienda, á la mujer á hacer el sacrificio de sus hijos, á dos enemigos mortales á reconciliarse; esa idea, ese sentimiento, única religión que no tendrá jamás cismáticos ni ateos, es el amor á la patria. Cariño el más místico de todos, el más puro, el más espiritual, el que no compensa materialmente sacrificio de ningún género. Las religiones todas ofrecen dichas y bienandanzas eternas al final de la vida á sus creyentes; la patria ofrece cuando más, á escasos elegidos, un lugar en las páginas de la Historia. El emigrante que marcha á remotos lugares en busca de medios para subsistir, sueña con volver á pisar la tierra que lo vió nacer, sueña con el rincón donde corrieron los días de su infancia y donde ya hombre no pudo seguir viviendo. Y torna á la patria el desterrado, y tan sólo verla, respirar el aliento de sus brisas, pisar el estrecho sendero ó la calle solitaria, oir el rugir del mar ó el susurro de la fuente es la compensación de todas las angustias, de los esfuerzos, de las heroicidades, de la ruina quizá de la familia de ese devoto, de ese amante, de ese esclavo.

Dentro, pues, de la tendencia mística moderna del arte que, como ya he apuntado, no pertenece ni puede pertenecer á religión positiva alguna, los mencionados grupos de Marinas, Parera y Amutio dan la nota más alta, la épica. El profeta *Ezequiel*, de González del Valle, tiene asimismo la importancia que le presta ese amor de la patria, exaltándole hasta hacer de él uno de aquellos videntes que presienten la ruina y desaparición de su pueblo, y contra cuyo desastre tan sólo pudieron oponer la palabra. *Colón*, de Gandarias, recordando como recuerda el *Pensierosso*, está dentro de una tendencia. La actitud de meditación, el reposo, la quietud y recogimiento místico de la figura, la tristeza de un pensamiento hondo, de una idea que obsesiona el cerebro, no dándole reposo y aniquilando las fuerzas físicas, hacen de la obra de que me ocupo, analizada desde este punto de vista psíquico, una producción por completo mística también.

– Yo creo adivinar una metamorfosis en el sentido idealista en nuestra escultura. La serenidad augusta de la estatuaria griega es imposible hoy. Las luchas del espíritu, los grandes problemas del día son demasiado grandes para que el arte, dejando á un lado lo que de casuístico haya en esas luchas y en esos problemas, no se sienta atraído por el valor psíquico y el plástico, dentro por completo de la órbita en que debe producirse el arte, de esas grandes evoluciones y revoluciones sociales, científicas, políticas y religiosas.

Entiendo, pues, con arreglo á este mi sentir, que *Dafnis*, de Alvarez, como el *Soldado de Marathón*, y alguna otra estatua y busto donde los artistas tuvieron constantemente la mirada fija en el seudo-clasicismo de los últimos años del pasado siglo y en los de la primera mitad del actual, están completamente alejados de la verdad. Porque la verdad y la belleza en el arte de hoy se presentan bajo tan distinto aspecto de la belleza y verdad que produjeron las figuras del Erectéon y del Parthenón, imitadas por nuestros abuelos y padres los Canova y Forwalsen, como distinto es el aspecto de las verdades políticas y sociales, religiosas y científicas de los tiempos de Pericles y de Nerón, de los de la Convención francesa ó de la Revolución de septiembre.

La inquietud del espíritu se refleja en el semblante y en toda la figura, aun cuando en la figura en mucho menor grado. Los grandes problemas sociales dan fisonomía distinta á las colectividades, y á su vez éstas al individuo. El obrero que Roma encerraba en las grandes galerías mineras del Asia, como de España é Italia mismo, no podría servir de tipo, no ya moral, ni siquiera físico, para pintar ó esculpir un obrero del siglo XIX. El hombre marcha erguido, con aplomo, compuestas naturalmente las líneas del rostro, acompasado el andar, si su espíritu se halla exento de dudas, de inquietudes, de preocupaciones de toda especie y allá en el fondo del cerebro no se agitan vertiginosas las células grises aniquilándose rápidamente al calor de ideas encontradas que las disuelven y consumen, como la llama la cera que rodea el pábilo y el oxígeno del lugar en que arde.

Cuando á Grecia los grandes dolores precursores de su ruina la agitaron, el arte dejó de ser tan sólo bello de forma para ser bello psíquicamente. La época de la decadencia que produjo la *Gigantomaquia* y poco después el *Laocoonte*, es para mí más humana que ninguna otra de las llamadas clásicas. La forma fué otra ya en aquélla. Se adivina Miguel Angel; al güelfo y al gibelino; la Reforma, la iniciación de cien problemas que habían de causar revoluciones que transformarían por completo la faz del mundo.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 14 de noviembre de 1892

MARINELA

En aquella ensenada de la costa que limitaban por un lado las últimas estribaciones de la sierra y por otro la playa de menudas arenas que en suave pendiente ascendía hasta los primeros cañares de la vega, hallábase enclavada la choza del *tío Gaspar*, el ágil grumete de otro tiempo, el rudo piloto de ojo seguro y mano fuerte que cien veces desafiara las furias del mar sobre el tosco armazón de su barca *Esperanza*, ligera como una gaviota, y á la que el viejo marino se encontraba unido, como el molusco á su concha, por esa fuerza del hábito que engendra irresistible simpatía y da vida á muchas cosas, haciendo de ellas como seres sensibles en quienes reconcentramos parte de nuestros más entrañables efectos.

Los años de luchas y fatigas apresuraron la vejez, y aunque fuerte aún y derecho como aquellos palos por los que tantas veces trepara sin temor al huracán que sacudía el cordaje y el velamen del buque, la cabeza del *tío Gaspar* estaba ya blanca como la cresta de una ola y sus anchas y cerdosas patillas parecían también salpicadas con la espuma salada de los mares.

Viejo é imposibilitado por aquel maldito *ahogo* que acabaría por *echarle á pique* en tierra firme, á él, á Gaspar, que tanta agua había tragado en días de prueba, sin que, como á los peces, le faltara nunca aire que respirar, vivía en aquella choza al amparo del *amo*, un viejo marino como él, dueño del cortijo de *allá arriba*, que daba frente al mar y se destacaba enjalbegado y airoso sobre el verde tapiz de las vides que corrían loma abajo, extendiendo sus pámpanos sobre los dorados racimos y enredando sus tiernos zarcillos en los troncos de algunos almendros, que de trecho en trecho interrumpían la monótona uniformidad del plantío.

Su mujer y sus hijos habían muerto, y para el *tío Gaspar* no existían en el mundo otras afecciones que la de la gratitud al *amo* y la de su cariño profundo á *Esperanza* y á Marinela: su barca y su *niña*.

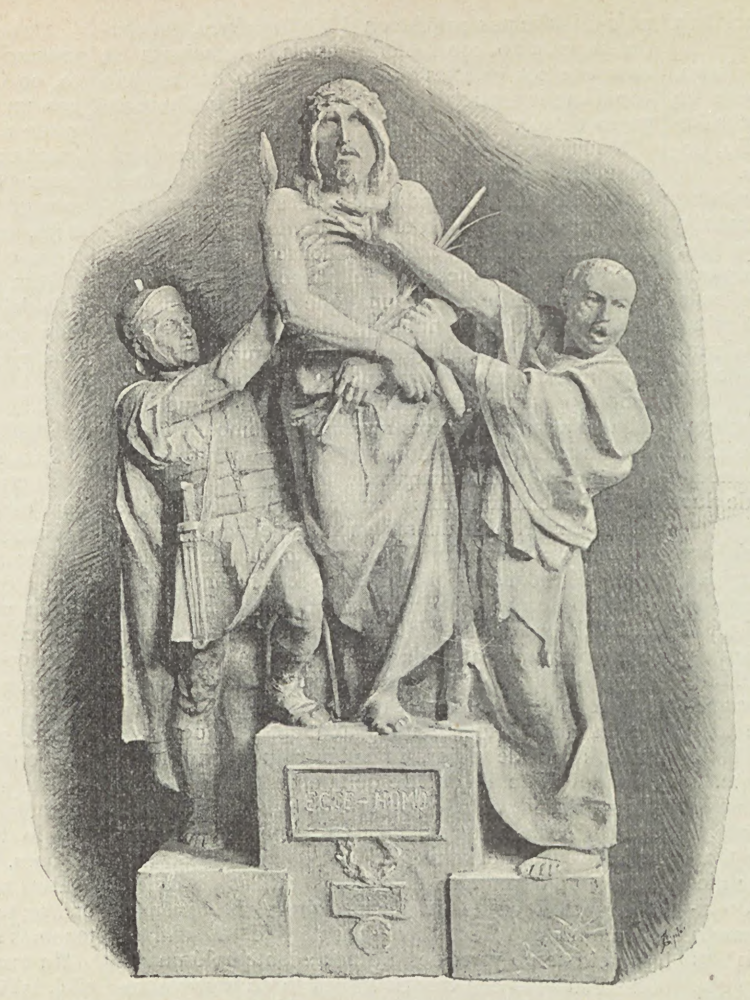
La primera estaba siempre atracada junto á la cho-

za, y balanceándose dulcemente al compás del oleaje, parecía que dormitando descansaba de las rudas fatigas de muchos años de pesquera: la segunda corría y saltaba por la playa, trepaba por las vertientes de la sierra, subía sobre la barca, alargaba su cuerpo hasta las últimas salientes de las rocas que el mar batía, para coger cangrejos y mariscos, y cuando transpuesto el sol, volvía canturriando hacia la choza, el *tío Gaspar* adelantábase á recibir á su nieta, y Marinela llegaba hasta él saltando, colgábasele al cuello, le cubría la frente de besos ruidosos, le tiraba de las ásperas patillas y le restregaba en el curtido rostro su rubia cabellera prendida de caracolas y conchitas.

En aquellos momentos, el *tío Gaspar* olvidaba sus años, sus penas y su pobreza; olvidábase hasta de su *Esperanza*, que allí cerca era mudo y tal vez envidioso testigo de aquellos desbordamientos de cariño y... ¡pícara chicuela! con sus mimos y su charloteo y su risa, alegre como el trino de una golondrina, derretía de ternura al abuelo y hacía que la *marea* subiera muchas veces del corazón á los ojos, según decía el *tío Gaspar*, y que una gota de agua, también salada, cayera rodando por entre el espeso laberinto de sus canosas patillas.

Marinela contaba ocho años. Había nacido á orillas de aquel mar, siempre sereno, y tenía en todo su ser la inefable poesía de aquel agua que se balanceaba con cadencioso ritmo, murmuraba con sus lenguas de espuma frases que la muchacha no entendía, pero que le halagaban el oído más que todas sus canciones de niña, se teñía en la alborada del suave color del topacio y de noche relampagueaba, deslumbrante, al derramar la luna sobre ella la argentina cascada de sus rayos.

Como aquel mar y como aquel cielo, los ojos de Marinela eran grandes, azules y brillantes; sus cabellos del color de aquel agua cuando al despuntar el sol se pintaba de oro; ruidosa su risa como las olas que se deshacían contra las rocas de la playa; fresca y armoniosa su voz como la de aquellas lenguas de espuma que murmuraban frases que ella no comprendía.



ECCEHOMO, escultura de D. Rafael Atché



UNA BODA EN SEVILLA, cuadro de D. J. Rico

Llamábase Marina; pero los pescadores y campesinos del contorno la llamaban tan sólo Marinela.

Para ella no había más mundo que aquel limitado espacio de la costa, el cortijo y la vereda que desde él conducía á orillas del mar, y que la niña había recorrido muchas veces acompañando al *señorito Julio*, el hijo del *amo*, un querubín de cabellos blondos y de ojos azules como los de ella, de facciones correctas y aristocráticas, tímido y débil, bueno y generoso, y que cerca de la nieta del *tío Gaspar* personificaba con sus punteados zapatos de fina piel, su bombacho azul, su blusa marinera y su sombrero de paja con ancha cinta de raso, el atildado refinamiento de las grandes ciudades junto á la selvática sencillez de la muchacha de los campos.

Y sin embargo, y á pesar de este rudo contraste, aquellos dos niños de tan distinta condición social sentíanse atraídos el uno hacia el otro por una inexplicable simpatía. Y durante los meses del estío, que el *amo* acostumbraba á pasar en el campo, Marinela y el *señorito Julio* eran inseparables camaradas de juego, y veíaseles, como potrillos sin rienda, saltar y correr por la playa, trepar por las riscosas veredas y *jugar á las olas*, que salpicaban los finos zapatos del niño y envolvían en blondas de espuma los pies descalzos y sonrosados como capullos de la nieta del *tío Gaspar*.

Marinela, por un delicado instinto de su naturaleza inculta, había comprendido que en estos juegos y en estos escarceos infantiles, ella debía ser, junto al *señorito*, ángel de la guarda y generosa protectora, y era de ver cómo aquella rapaza, delicada y flexible como las cañaveras de la playa, ayudaba al niño á escalar las más enhiestas rocas; tiraba con violencia de él cuando una ola más grande amenazaba mojarle sus bombachos; con el agua á media pierna internábase por las estrechuras que la mar bañaba, en busca de caracolas y de lapas con que obsequiarle, y erre que erre con el abuelo, no le dejaba en paz un momento, pidiéndole redes de hilo y barcos de corcho que, apenas terminados, ofrecía con una angelical sonrisa al chico.

Y cuando á la caída de la tarde, rendidos de jugar, sentábanse ambos sobre una de las más altas rocas de la ensenada, y, cogidos de la cintura, permanecían allí largo trecho contemplando en el brumoso horizonte la sombra espumada de algún buque lejano y más cerca los barcos de la pesquera, con sus velas latinas semejantes á blancas alas que hinchaban suavemente las brisas rumorosas, silenciosos é inmóviles, abstraídos en la beatífica contemplación de aquel inmenso mar, reflejaban en sus pupilas azules la paz inefable de sus almas, serenas como el Mediterráneo y llenas como él de luz y de poesía.

El *señorito Julio* pagaba con un sincero cariño la adhesión de Marinela, y todos los años cuando llegaba al cortijo ofrecía á la niña algún precioso juguete, que ella contemplaba siempre con infantil regocijo y cierto asomo de asombro y de respeto, colocándolo después en sitio preferente sobre aquel bazarillo de la choza que le había fabricado el abuelo y en el cual Marinela tenía expuesto el preciado tesoro de sus conchas, de sus caracolillos y de sus chinas de colores, robados al mar en las horas de la baja marea.

Así pasaban años, y Marinela, desde la entrada

del *agosto*, aguardaba siempre con febril impaciencia la llegada del *señorito*.

El año último, cuando por vez primera se vieron, el niño le había regalado una cruz de oro, sujeta en una cadenilla del mismo metal, que la muchacha llevaba desde entonces siempre prendida al cuello, como la más preciada joya de su pequeño tesoro.

Pero pasó el año siguiente y el *señorito Julio* no vino. Marinela supo por su abuelo que se hallaba educándose en un colegio de una tierra *muy lejos*, que ella no había oído nombrar hasta entonces, y una ola de melancólica tristeza invadió el alma delicada de la pobre niña, á quien ya no se vió correr ni saltar por la playa, ni trepar por las vertientes de la sierra, ni alargar su cuerpo hasta las últimas salientes de las rocas para coger cangrejos y mariscos.

Pasábase las horas en la playa, quieta y silenciosa, contemplando con inmóviles ojos la azul inmensidad, como si con la mirada quisiera explorar desconocidos horizontes y encontrar en ellos un rayo de luz que disipara las sombras de su alma.

Mientras en su espíritu operábase aquella dolorosa transformación, la naturaleza iba realizando también en ella esa misteriosa metamorfosis que convierte el tierno botón en magnífica rosa y da á la crisálida alas de pintado tul con que levantarse de la tierra y revolotear alegre sobre los cálices de las flores. Marinela era mujer; mujer de formas esculturales y armoniosas, de cabellera rubia como las espigas de trigo en granazón, sobre la cual irradiaba como un nimbo celeste la inmaculada pureza de su alma de virgen.

Y transcurrían años y *el señorito* no llegaba. Marinela palidecía como el cielo á la caída de la tarde, y sus ojos brillaban cada vez más azules y el *tío Gaspar* consumíase de tristeza con la tristeza de su nieta, cuya causa sospechaba, á pesar del obstinado silencio de la niña, que impulsada por un exagerado instinto de pudor, jamás dejó escapar de sus labios una frase que pudiera revelar el doloroso secreto que llevaba en el alma.

Díjose un verano que el *el señorito Julio* había contraído matrimonio y que en breve llegaría al cortijo con la nueva señora. Marinela lo supo, y un frío de puñalada recorrió todo su cuerpo y, sola junto á las rocas de la playa, la postrera esperanza salió de su alma por sus ojos entre un torrente copioso de lágrimas.

Llegaron los *señores*. Los campesinos y pescadores del contorno acudieron al cortijo á saludarlos, y, ya de noche, bajo el verde y rumoroso palio de la frondosa parra dejáronse oir los sones alegres de la *juerga* andaluza, y las airosas *costeñas*, al compás de los sentidos cantares del país, se entregaron al baile, mientras las copas del dulce moscatel corrían de mano en mano, poniendo calor de sol en las venas y chispazos de luz en el diálogo.

Mientras tanto en la choza del *tío Gaspar* todo reposaba. La noche, tranquila y espléndida, estaba llena de inefable melancolía. El mar, sereno como un lago, murmuraba acentos de indefinible ternura, mientras los rayos de la luna, cabrilleando sobre la inmensa extensión, le arrancaban aquí y allá luminosos destellos de plata. Junto á la choza, la barca *Esperanza* cabeceaba, sujeta á la orilla, como si dormitando descansara de las rudas fatigas de muchos años de pesquera.

Giró pausadamente la puerta de la choza, y la luz de la luna iluminó la figura pálida y espiritual de Marinela, destacándose sobre el fondo sombrío de la pobre vivienda.

La muchacha adelantó un corto espacio con silencioso andar; después pareció que vacilaba; paróse, volvió sobre sus pasos, y apoyando la cara en la pared de juncos de la choza, la besó con un beso profundo, entrañable y prolongado, mientras del cielo azul de sus pupilas brotó un raudal de llanto.

Así permaneció breve rato. De pronto una ligera bocanada de aire llevó hasta sus oídos el confuso rumor de un lejano rasgueo de guitarra, y destacándose sobre él, los acentos cristalinos y frescos de una voz femenina que con honda ternura entonaba la copla siguiente:

> Pechito sin esperanza,
> sepultura de ilusiones,
> aunque el sol brille por fuera,
> siempre por dentro es de noche.

Marinela se estremeció, y sacudiendo su rubia cabeza, en cuyos rizos de oro se enredaban los rayos de la luna, irguióse con la enérgica decisión de una voluntad firme, y sin volver atrás la cara, corrió hacia el resbalaje, como si huyera de los últimos ecos de aquella copla, que cada vez más debilitados, aún la iban persiguiendo sobre las leves alas de la brisa marina. Cuando llegó á la orilla, desató el cabo que sujetaba la barca, subió en ella, y dando un vigoroso empuje á los remos entróse en el Mediterráneo, marcando su camino con fosfórica estela, á semejanza de esos cuerpos celestes que de un punto del espacio van á morir á otro dejando tras de sí un brillante reguero de luz.

Y luego que se vió ya lejos de la orilla, desató un pequeño envoltorio que llevaba consigo y sacó de él los objetos más preciados de aquel su tesoro que tanto tiempo guardara en el bazarillo de la choza: los juguetes recibidos del *señorito* y conservados con religioso cariño. Púsolos sobre el banco y los contempló largo rato á la luz de la luna que comenzaban á velar á trechos algunas nubes plomizas. Después se arrodilló; besó con indefinible ternura la cruz de oro que siempre llevaba en la garganta, y levantándose, contempló por un instante la azul inmensidad que halagaba su alma con suaves murmullos, como invitándola á un sueño de perdurable reposo, no turbado jamás por las penas amargas de la vida.

Ocultóse la luna tras las nubes; quedó el Mediterráneo envuelto en densas sombras; el agua pareció agitarse con un prolongado lamento, que de onda en onda fué rodando por la obscura extensión, y cuando brilló otra vez el pálido astro de la noche, la barca, la *Esperanza* del *tío Gaspar*, flotaba sola, lejos de la orilla, á merced de los vientos, mientras en el lejano horizonte dibujábase sobre un fondo de ingentes arreboles la aurora de un nuevo y espléndido día.

A la tarde siguiente un grupo de pescadores rodeaba, lleno de dolor, un cadáver que la mar había arrojado sobre el declive de la ensenada. Era el de Marinela, bella aún, como el cielo á la caída de la tarde y llevando todavía en el nacarino cuello la cruz de oro, regalo del *señorito*.

De pronto, un viejo de canosas patillas se dirigió al grupo con rápido aunque inseguro paso. Abriéndose camino con brutal energía, llegó el *tío Gaspar* hasta el cuerpo yerto de Marinela; contempló un instante á su *niña* con trágica expresión de horrible espanto; sintió luego que *la marea* subía, subía del corazón á la garganta en amargas y turbulentas oleadas que le ahogaban; lanzó un rugido fiero de indefinible angustia, y rodó, inerte, al resbalaje, hundiendo su cabeza en la espuma de una ola que se llevó el postrer suspiro del anciano.

Cayetano del Castillo Tejada

SECCION AMERICANA

EL COLEADOR

(Conclusión)

Cuando después de practicadas todas las diligencias del careo y puestos los gallos uno enfrente de otro no se acometieren, sin embargo de quedarles aún algún resto de vida, es señal de que están enteramente privados de la vista. Hay que recurrir entonces al auxilio de otro sentido, para que se encuentren, se reconozcan y se acaben de matar: este sentido es el tacto, y los gallos le tienen en el pico, según lo da á entender el artículo correspondiente del Reglamento, que dice:

«Hallándose los dos gallos *perfectamente* ciegos, deberán carearse *pico á pico*, tomados siempre y en todos los casos por la cola solamente, y nunca aplicada otra mano al pecho del gallo.»

Sobre todo, mucho cuidado con eso de no aplicarle al moribundo la otra mano, y de sujetarle únicamente por el montón de plumas largas que suelen tener los gallos por detrás.

Finalmente, el artículo 10.º de la sección ó capítulo de careos manda que se repitan hasta cinco veces, y el 12.º se halla concebido en la siguiente forma:

«Para la decisión de cualquier pelea debe darse siempre el último careo, sin que se declare la victoria antes, á menos que el rendido lo publique ó *con la muerte* ó *con los impudentes gritos de su infame cobardía*; bien entendido que con éstos no se han de equivocar los clamores que suelen dar muchos gallos valerosos y esforzados en el discurso de la pelea por efecto de los golpes que reciben *en cierta parte del cuerpo*, ni los que, con el conocido nombre de *tocar el clarín*, expresan otros las fatigas que les atormentan por ocasión del cansancio.»

Al llegar aquí parece que la asamblea gallística-oficial se hallaba en el más alto grado de inspiración y de entusiasmo épico, á juzgar por la energía de los epítetos y la belicosa elocuencia de la dicción. Nótese sobre todo el terminante precepto de que los *coleadores* sepan perfectamente el lenguaje de los gallos, para conocer cuándo se quejan de las fatigas de la lid, cuándo de los golpes recibidos en... salva sea la parte y cuándo proceden sus *impudentes* gritos de la *infame* cobardía.

. . . .

Habría materia para llenar un libro con los comentarios de este original y característico documento, en cuya redacción trabajó sin duda el gobierno con un ahinco y una minuciosidad que rara vez llegaron á merecer las disposiciones y decretos sobre enseñanza pública; pero en la imposibilidad de traspasar por hoy los cortos límites de un artículo de este género, heme concretado á señalar algunos pasajes, como útil preliminar de la descripción que ahora comienzo.

Para conocer y apreciar en todos sus detalles un tipo del tenor siguiente, bueno es tener con anticipación una idea de las circunstancias que le dieron vida y del *medio legal* en que se desarrolló.

II

Para ser buen *coleador* se necesitan ciertas aptitudes naturales que hacen de nuestro tipo una verdadera especialidad.

Es cosa averiguada que cualquiera sirve aquí, pongo por caso, para agente de policía, para concejal, para alcalde, para diputado, para intendente de Hacienda y hasta para gobernador con honores de reina madre.

El que se empeña en ser médico y tiene *posibles* para mantenerse en cualquiera universidad, tarde ó temprano *mata* con licencia, le corta cualquier cosa al prójimo ó harta de píldoras á toda una vecindad.

Si en vez de medicina estudia leyes, será también letrado por el título, aunque le cause el Digesto una verdadera *indigestión*.

Y lo mismo acontece con las demás carreras y profesiones.

Para militar, para cura, para empleado civil, para orador, para poeta, para cómico y para político todos tenemos aptitud.

En una palabra: todos servimos para todo (y así va ello), tal vez con la única excepción de la ciencia ó el arte de *colear*.

Por de contado el Reglamento de galleras exige que el coleador sea nada menos que *reconocido hombre de bien*, y esto es ya, en cierto modo, exigir una gollería. Por eso los *galliconsultos* y comentaristas de talanquera han convenido en dar á la interpretación de este y otros pasajes una *prudente* y cómoda latitud.

Es indispensable que el coleador posea una vista de lince y cierta suma de conocimientos galli-quirúrgicos, que le permitan observar, desde cierta distancia y en medio de la más ardorosa y sangrienta lid, las puñaladas que se dan los combatientes, el lugar en que cada uno las recibe, la profundidad de cada herida y la importancia del órgano ó miembro afectado, á fin de calcular instantáneamente y con gran exactitud la influencia de cada espolazo en el curso y decisión de la pelea.

De aquí la dificultad de encontrar muchos y buenos *coleadores* en esta época en que la miopía se va generalizando como una epidemia en casi todas las clases de la sociedad.

Asimismo es necesario que el *coleador* tenga lo que se llama *buen ojo*, para calcular á la simple vista el peso justo de un gallo, la edad que tiene, el vuelo que necesita en la pelea, si está ó no está en *condición*, si es *espuelero* y otros varios detalles de gran interés para el buen éxito de las apuestas.

También debe saber al dedillo todos los artículos del Reglamento, su interpretación más autorizada, las prácticas establecidas posteriormente, las reglas sancionadas por el uso y el tecnicismo ó lenguaje profesional.

Por último, el *coleador* debe poseer en alto grado el arte de la elocuencia para alegar su derecho en los frecuentes casos de disputa, para inclinar en favor de su defendido el ánimo de los oyentes ó mediadores, para convencer ó abrumar á fuerza de palabras á su contrincante, y á veces para suplir con la lengua lo que deje de hacer con el pico ó las espuelas el gallo encomendado á su dirección.

Un *coleador* en estos casos viene á ser como una especie de Castelar en cuclillas, observando por todo lo bajo el curso y los accidentes de la pelea, al mismo tiempo que rebate y contradice las argumentaciones de su contrario, haciendo frecuentes y deliciosos alardes de su gallística oratoria.

III

La gallera está enteramente llena de jugadores.

Los más ricos, entusiastas y apasionados ocupan (como es de ley) los asientos de preferencia, situados alrededor de la valla y casi al nivel del suelo.

Siguen después varias galerías escalonadas y circulares, completamente llenas de hombres y gallos que se mueven, se agitan, aletean, hablan, cantan y albo-



FIESTAS CONMEMORATIVAS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA CELEBRADAS EN NUEVA YORK

1. Carro de la edad prehistórica. – 2. Carro de la prensa. – 3. Carro de Edisson. – 4. Carro de la libertad. – 5. Segundo regimiento de la guardia nacional de Pensilvania en uniforme de gran gala desfilando por Madison Square

rotan todos á un tiempo, produciendo un confuso y desagradable rumor.

Los galleros y jugadores que poco antes invadían el circo se van acomodando en los asientos de las diversas graderías, y sólo quedan en la ensangrentada arena dos hombres, cada uno de los cuales sujeta cuidadosamente un pequeño saco, dentro del cual se mueve y cacarea un gallo inquieto y deseoso de pelear.

Estos dos hombres son los coleadores, ó como si dijéramos los padrinos del desafío á muerte que se prepara.

Crúzanse en este instante las primeras apuestas por aquellos que están en el secreto de qué clase de gallo es el que tiene entre manos cada *coleador.*

Crece con tal motivo la bulla y la algazara entre los jugadores, que *casan* varias *postas*, en tanto que los dos hombres del circo rectifican en una balanza, á vista de todos, el peso igual y ya sabido de los dos gallos.

Visto que en este punto no lleva ventaja alguna un gallo sobre el otro, abren los sacos y descubren con precaución la cabeza de los futuros combatientes, para ver si son próximamente de una misma edad. Ya he dicho que el *coleador* debe saber leer en el fuego de los ojos y en las arrugas de la recortada cresta la fe de nacimiento de los gallos.

Si en esta segunda prueba se ve también la necesaria igualdad, sólo falta la comparación de los espolones, que se hace descubriendo cautelosamente una pata de cada gallo, sin que se vea una sola pluma que denuncie ó haga sospechar siquiera el color, y por consiguiente la historia y nombradía de cada plumífero adalid.

Ejecutada esta última prueba y resultando iguales en peso, armas, edad y *condición*, quedan las apuestas anteriores definitivamente *casadas*, y se cruzan algunas más al tiempo de descubrir los gallos, operación que hacen los *coleadores* con la habilidad y soltura que les son propias. El público saluda con una salva de aplausos á los dos campeones, que reconoce desde luego y cuya historia recuerda con entusiasmo:

—¡El *Cid Campeador!*, exclaman unos al ver descubierto el gallo que apadrina uno de los *coleadores.*

—¡El *Pechudo!*, gritan alborozados los demás al reconocer el otro.

Y aumenta la gritería y el murmullo, mientras los jugadores se cuentan unos á otros las principales hazañas de los gallos que acaban de pisar la arena.

Ambos son bellos, arrogantes y famosos en los anales de la gallera.

El primero es giro papelón, de largo cuello, acerado pico y vigorosas patas de color gris. Ha reñido ya siete veces, que fueron otros tantos triunfos. Por eso lleva el nombre invicto del *Cid Campeador.*

En Caguas venció al *Caribe* y á *Carlomagno*, en el Corozal á *Prim*, en Mayágüez á *San Pedro*, en Hatillo á *Rompenucas*, en Cabo Rojo al *Centella*, en Juncos al *Delegado* y, por último, en Arroyo al *Hijo del Sol.*

El otro es rubio tostado y patinegro. Tiene los ojos muy vivos y brillantes, la cabeza erguida y ancho el pecho, circunstancia esta última que le valió el nombre de *Pechudo* ó *Pechúo*, con que se le conoce desde que era *pollo de botón.*

No ha reñido tantas veces como el otro, pero tiene fama de impetuoso y de *apechador*, y se sabe que en las dos últimas peleas mató *redondamente* á sus contrarios á las primeras embestidas.

Los jugadores que le conocen le tienen por bien *castao*, y juran que es hijo natural del *Obispo* y de una gallina inglesa que vino de Caracas cuando la última emigración.

Cada uno de los coleadores coge su gallo, le sujeta entre las rodillas, le recorta las alas convenientemente, le aguza las espuelas, le rocía con agua y le dirige frases cariñosas, como para interesarle más en el éxito de la riña.

Después trazan en el suelo dos rayas á tres ó cuatro pasos de distancia una de otra, colocando en cada una de éstas un gallo, de manera que los dos queden frente á frente, no sin haberlos enardecido antes dejando que se dieran de mano á mano algunas picadas, y los sueltan por fin á un mismo tiempo, retirándose á uno y otro extremo del circo para dejar libre campo á los combatientes.

Estos cruzan entre sí una ardiente y rapidísima mirada, se afirman sobre los pies con gallardo ademán, bajan la cabeza, estiran y mueven convulsivamente el cuello, cuyas plumas se erizan en señal de terrible cólera, y se acometen con un rencor casi comparable al de dos políticos vulgares afiliados en opuestos bandos.

Aquí vuelve á sentirse de nuevo la agitación y aterradora gritería de los concurrentes, que se habían calmado un poco para observar con atención los preparativos de la pelea.

Durante algunos minutos los gallos se acometen sin cesar, chocando impetuosamente uno contra otro sin sujetarse con el pico. A estas primeras embestidas se les da el nombre de *tiros volados.*

En una de ellas el gallo *Pechudo*, que no en vano tenía fama de espuelero, hiere cerca de un ojo al *Cid Campeador.*

Este golpe, que ningún profano hubiera podido advertir en medio del aleteo y la rapidez de los ataques, lo notan á un mismo tiempo los dos coleadores y una gran parte de la concurrencia. El coleador del *Cid* se muerde los labios, y su fisonomía se contrae de una manera particular, como si él hubiera recibido el pinchazo. El otro salta de júbilo, agita los brazos para remedar el movimiento de su *coleado*, y dice estregándose las manos con manifiesta satisfacción:

—¡Métele ahí!

Al mismo tiempo se oye una espantosa algazara de gritos y exclamaciones, y todos los circunstantes se ponen en pie y accionan y vociferan como impulsados por un resorte común:

—¡Voy cuatro pesos al *Pechudo!* —¡Lléveme dos reales! —¡Dos onzas al patinegro! —¡Doy tres á uno! —¡Retiro mi posta! —¡Juego á mi gallo! —¡Voy al rubio! —¡Diez á cuatro por el *Pechudo!* —¡Págoselos!..

Este último grito lo da el coleador del *Cid*, que acaba de ver una espuela de éste introducirse hasta más de la mitad en la garganta de su contrario.

Nueva y más ruidosa gritería de apostadores, que esta vez ofrecen *gabelas* en favor del gallo que acaba de tomar la revancha.

Y así sucesivamente se van calmando y volviendo á gritar los jugadores, ya inclinándose al *Cid* ó ya al *Pechudo*, según los repentinos é inesperados golpes de la pelea.

Los coleadores *ñangotados* uno enfrente de otro y con la vista fija en las patas y en las espuelas de sus adalides, los van imitando maquinalmente en todas sus evoluciones, ya brincando hacia atrás ó hacia adelante, ya moviendo violentamente los brazos á guisa de alas, ya haciendo demostraciones de clavar algo con una mano ó con la otra, según la espuela con que haya herido su gallo, ya, en fin, retorciendo los dedos en señal de dolor, ó recatando, por un movimiento rápido é instintivo, las partes de su cuerpo que corresponden á aquellas en que el gallo va recibiendo las heridas.

Y estos movimientos van generalmente acompañados de gritos y exclamaciones que expresan precisa y lacónicamente la opinión que aquéllos van formando acerca del accidentado curso de la riña.

Oigamos por un instante lo que dicen uno y otro al compás de los golpes y picotazos:

—¡Métele *jierro!* —¡Duro en el ojo sano! —¡Ahí! —¡Sácale el cuerpo! —¡Pica! —¡Dale! —*¡Ñámalo, indino!* —¡Buen *puñalón!* —¡Patea! —*¡Júndele* el casco! —¡Sacude! —¡Engrilla! —¡Búscalo adentro! —¡Toma *catey!* —¡De afuerita! —¡Canillera! —¡Que vayan preparando el arroz!

La riña sigue empeñada, los gallos cubiertos de sangre, con las alas caídas, el pico abierto, jadeantes y fatigados, dan vueltas uno tras de otro por el circo, y al encontrarse luego se acometen con nuevo ardor.

Por último, el *Cid*, con un ojo vacío y con el otro cubierto por la sangre, pierde á su adversario y le busca á tientas por el redondel, dando evidentes pruebas de ceguedad.

—¡Careo!, gritan á la vez coleadores y concurrentes.

—¡Careo!, repite desde su asiento el juez de gallera, limpiando sus antiparras con un amplio pañuelo de Madrás.

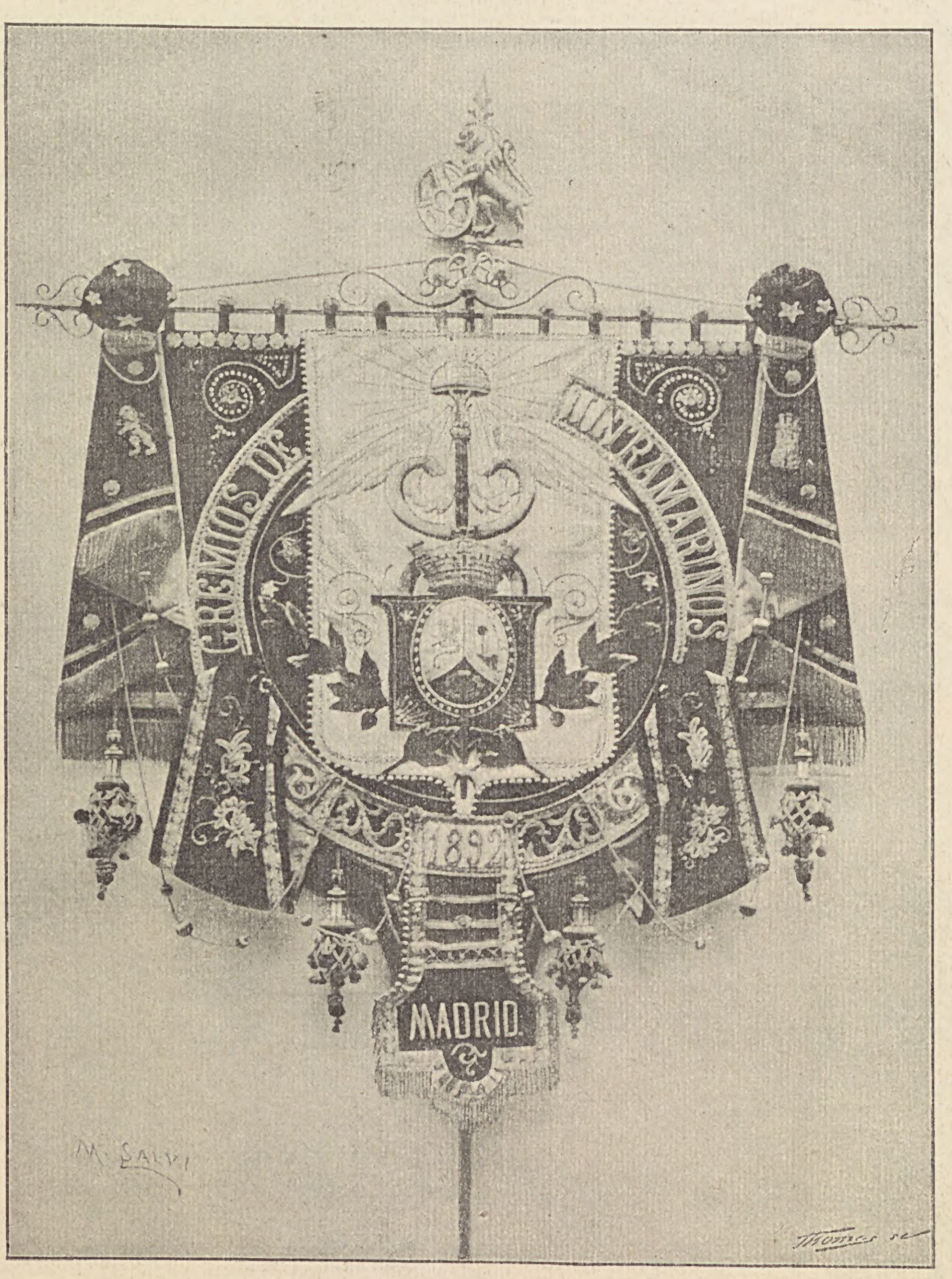
Aquí los coleadores levantan sus respectivos gallos, les chupan las heridas del cuello y de la cabeza para despejarlos un poco, y los curan, los animan y los preparan en la forma que ya queda dicha al comentar el capítulo de los *careos.*

El *Cid*, que ha recobrado parte de la vista en tal operación, hace un esfuerzo supremo al encontrarse otra vez enfrente de su adversario, se abalanza á él, hace presa con el pico en uno de los girones de la piel destrozada en la parte superior del cuello, álzase y aletea con inesperado vigor, y le atraviesa la nuca de un espolazo.

El *Pechudo* cae exánime, como herido por un rayo, sobre la ensangrentada arena del circo.

La escandalosa gritería de los concurrentes llega con esta ocasión á un grado indescriptible, y como si la caída del gladiador fuera señal de desbordamiento y de desorden, agítase y bulle instantáneamente aquel prolongado espiral de cabezas humanas que sube desde la barrera hasta cerca del techo, y en un santiamén se desparraman los concurrentes, llenando el circo y apiñándose y revolviéndose como grandes hormigas por las inmediaciones del local.

El coleador del *Pechudo* se acerca abochornado y



MADRID. — FIESTAS DEL CENTENARIO. — ESTANDARTE DEL GREMIO DE ULTRAMARINOS
Premiado con medalla de plata y que figuró en la cabalgata del Comercio y de la Industria

lloroso hacia la pobre víctima, la levanta del suelo y se aleja con ella tristemente, en medio de las rechiflas más picantes y despiadadas.

En cuanto al *Cid*, recibe desde el circo los primeros honores de la victoria, y le conducen luego al hospital de sangre, en donde el coleador le examina y le declara tuerto, despicado, con *un sentido menos* y en pésimas condiciones para reñir.

Con tal motivo se le administran los primeros auxilios de la *ciencia*, y luego al punto se decide en junta de familia ascenderle á la respetable categoría de *padrón*, destinándole por primera vez, puesto que no sirve ya para otra cosa, á los tranquilos goces del gallinero.

Y aquí noto de nuevo la semejanza de lo que ocurre entre los gallos humanos y los *gallos de verdad*.

También á los primeros, como al *Cid*, suele costarles el amor un ojo, y se dan frecuentes casos en que llegan á decidirse por los tranquilos goces de la familia cuando ya están casi imposibilitados para la lid.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

EL CREPÚSCULO

Al distinguido escritor D. J. Molas y Casas

Nada más admirable en Galicia que esa hora del crepúsculo vespertino, sublime en todas partes, pero más que en otra alguna en la septentrional región de los pinares y las rías, de las costas abruptas y los valles siempre verdes y húmedos. Yo de mí puedo asegurar que nunca he sabido sustraerme á la profundísima impresión que el caer de la tarde me produce. Es un espectáculo que halaga el alma y recrea los sentidos, haciendo remontar el pensamiento á las sublimes esferas de lo ideal.

Placidez, melancolía, quietud apetecible para los que envueltos vivimos en el tráfago mundanal: tal nos brindan en Galicia esas horas dulces y tranquilas como una oda de fray Luis de León, melancólicas y arrobadoras como una sonata de Mendelssohn.

Las colinas aparécense allá á lo lejos con esfumados perfiles, medio envueltas en azulada gasa de sutilísimos vapores, formando las suaves curvas de sus obscuras siluetas vivo contraste con los colores en que á esa hora se tiñe el cielo; el postrer rayo del sol inunda aquella porción del espacio en caprichosos matices, dorados en un principio, rosáceos luego, violáceos, verdes y azules, como si el iris se quebrara de repente y sus inmensos arcos se desplomasen en cascadas de colores sobre el lejano horizonte.



CAROLINA LAVINIE SCOTT,
esposa de Mr. Benjamín Harrisson, presidente de la República de los Estados Unidos. Falleció en 25 de octubre último

Van cayendo las sombras en el ancho y hondo valle, cuyo hermoso color de esmeralda se esconde bajo una nube plomiza, por entre la cual sube en espirales blancas y caprichosas el humo de las campesinas chimeneas; percibe el olfato el acre olor de los tojos y retamas que arden á aquella hora en todos los hogares bajo las anchas campanas del *lar;* suenan á lo lejos las esquilas del ganado y el cantar melodioso y triste de la zagala de obscuro *mantelo*, colorado *dengue* y primitivas *zuecas* de arremangada punta. Los colores más brillantes, los matices más deslumbradores vanse poco á poco ensombreciendo, mientras allá en lo alto, en el cielo poco antes de purísimo azul, ruedan las plomizas nubes de caprichosos perfiles, en los cuales la imaginación cree advertir siluetas de dragones de bombeado casco, extendido el brazo y rígidos los dedos, que semejan garras gigantescas; otras veces, las nubes aglomeradas fingen enjambre de menudas cabecitas, como si los ángeles de la gloria se asomaran al cielo, y la humana fantasía, en suma, sin dique ni freno, cree ver trazados en el gigantesco lienzo por una mano invisible y soberana aquello más en consonancia y armonía con su estado de placidez ó sobrexcitación, sucediendo así que en la nube en que uno cree distinguir los perfiles del ángel del Apocalipsis, ven otros la silueta de la mujer ambicionada y preferida.

Todo se va sumiendo poco á poco en la más profunda de las quietudes, en la más majestuosa calma; y sin embargo, cuando la noche se tiende sobre el mundo, cuando ya á lo lejos no se advierte otra luz que la rojiza que se escapa á través de las ventanas de las humildes chozas de pizarroso techo ó las miríades de azules fosforescencias que lanzan los gusanos de luz entre los espinos que flanquean á uno y otro lado la tortuosa y desigual *corredoira;* en esa hora, la primera de la noche, parece que todo brota armonías en los campos gallegos; parece que del suelo, del cielo, de la fuente, del pinar, de la colina escápanse las dulcísimas notas del cadencioso *alalála*...

En Galicia no puede sustraerse la contemplación del crepúsculo al recuerdo de aquella canción tan popular como sublime; de aquella canción entonada por los mozos al pie de la ventana de la mujer amada, cantada sentidamente por los romeros al regresar á sus hogares y por los campesinos que, en la diestra mano la hoz, regresan de sus faenas cotidianas, con la mano izquierda detrás de la oreja para mejor *oirse* aquella indefinible cantilena, que es como el himno de la noche y que despierta en nosotros el recuerdo de los druidas y de los héroes de *corpo lauzal* de que nos habla el Ossián de Puenteceso, el poeta de la tierra de Jallas.

El *alalála* gallego compite en melodía y dulzura con las baladas del Rhin, y no otra cosa es que una

MR. BENJAMÍN HARRISSON Y SU FAMILIA JUNTO AL LECHO DE MUERTE DE SU ESPOSA



LOS FLAGELANTES, copia del celebrado cuadro de Carlos Marr (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich)

balada. En el rosario de armonías que lo componen se revelan las tristezas de un alma herida, el hondo pesar del que abandona la *terriña* quizá para siempre, dejando detrás de sí y allá lejos, muy lejos, abajo, muy abajo, el campanario de la pequeña ermita, el *souto,* el pinar, la *corredoira,* la obscura techumbre de la choza, las aguas del regato, los perfumes del valle nativo... En todo el *alalá*... vese flotar el cansancio del alma atormentada por los mil recuerdos que de repente evoca la mente del desterrado, y al final, cuando la estrofa termina, desvanécese en una nota sostenida, tristona, lánguida, en la cual parece como que se sienten rodar las lágrimas.

Es entre toda la música gallega la preferida por mí, porque sus armonías están impregnadas del rocío de nuestros valles, de los perfumes de nuestros pinares, de los opacos colores de este país de las nieblas y de las rías.

La alegría gallega paréceme una alegría un tanto falsificada; en cambio sus tristezas, ¡cuán hondas, cuán grandes y cuán sentidas! Por eso mismo antójaseme la canción del crepúsculo la música más gallega entre toda la música de nuestra región. Por eso la hora del crepúsculo vespertino es la más grata para mi alma, con su majestuosa placidez, con su calma augusta y severa, con su tristeza melancólica. Es un crepúsculo que todos llevamos con nosotros en lo más hondo del alma, allá adentro, muy adentro, y se refleja en nuestros semblantes, en nuestros gestos, en nuestras miradas... Por sobre la frente de cada gallego dijérase que han rodado al nacer todas las nieblas y todas las opacidades de aquella región de las rías y las aldehuelas, la verde Erín española.

Manuel Amor Meilan

MISCELANEA

Bellas Artes. – Se ha inaugurado la exposición organizada por la Real Sociedad de artistas ingleses, de Londres. Aunque no contiene ninguna obra de gran importancia, la mayoría de las expuestas (pinturas de género y paisajes) son de verdadero mérito, distinguiéndose entre ellas las de Pickering, Rousse, Glendening, Pike, Bundy, Sherwood-Hunter, Brangwyn, Olsson, Snell, Yeend King, Iglesias, Priestman y sobre todo las del presidente de la Sociedad, Mr. Wyke Bayliss.

– En la Galería Goupil, de Londres, hay actualmente expuesta una numerosa colección de cuadros y dibujos de Adolfo Hervier, el artista desigual, pero muchas veces admirable, cuyo arte era una mezcla rara de las escuelas romántica y realista francesas, en la que se veía la influencia de Rousseau, Dupré, Troyon y Decamps. El público y la crítica londinenses han colmado de elogios la obra del célebre pintor francés, muerto hace catorce años.

– En el palacio Bruhl, de Dresde, se ha inaugurado la exposición de pinturas de artistas sajonas, que contiene, entre otras notables, una obra de la reina, consistente en una pantalla de chimenea con acuarelas que reproducen escenas de las planas de Scheveningen.

– El monumento erigido en Nueva York en honor de Colón é inaugurado el día 12 de octubre último consiste en una columna rostral sobre la que se alza la estatua del gran navegante genovés y en cuya base hay una figura que contempla un globo. El pedestal, construído sobre amplia escalinata, ostenta varios bajos relieves que reproducen los principales episodios de la vida del descubridor de América. Este monumento, regalo hecho á los Estados Unidos por la colonia italiana de aquel país, ha sido ejecutado en Italia por el escultor Cayetano Russo.

– Lady Hamilton ha regalado á la Galería Nacional de Londres el cuadro de Joshua Reynolds que representa á Lady Cockburn y á sus hijos y que grabado por Wilkie es conocido con el título de *Cornelia y sus hijos.*

Teatros. – En el teatro de la Ciudad, de Francfort, se han estrenado con éxito un drama en tres actos ultra-realista, del género de los de Ibsen, titulado *¡Solo!*, de Alfhildo Agrell, y una comedia de gran espectáculo, de Wildenbruch, *La risa santa,* que ha sido puesta en escena con suntuoso aparato.

– En el teatro Nacional Bohemio, de Praga, se ha estrenado la ópera de Tchaiowsky *Pique-Dame*, que ha sido recibida con gran aplauso.

– En el teatro de la Scala de Milán se estrenará el día 26 de diciembre próximo la ópera cómica de Verdi, *Falstaff*, que después se pondrá en escena en Roma, Florencia y Venecia.

– En el teatro de la Pérgola, de Florencia, se ha estrenado la nueva ópera de Mascagni *I Rantzau:* el público la acogió con entusiasmo, pero la crítica no ha sido tan benévola con la última producción del autor de *Cavalleria rusticana*, tachándola unos de débil en la expresión melódica, censurando otros en el maestro el afán de seguir sin la preparación necesaria las nuevas doctrinas del drama musical abandonando la espontaneidad que le valió sus primeros triunfos. Todos convienen, sin embargo, en que *I Rantzau* tiene fragmentos muy buenos y que en ella está bien tratada la expresión dramática. Las piezas más aplaudidas han sido la introducción, el final del primer acto, una balada y el final del segundo, un coro de mujeres, una romanza para tenor y un intermedio instrumental en el tercero.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Fantasías-Parisienses una graciosa revista, *La lune á Parîs*, de Oudot y Numés; en los Bufos Parisienses, *Sainte Freya*, opereta cómica en tres actos, de Máximo Bucheron y Edmundo Audrán (los mismos autores de *Miss Helyett)* con un argumento interesante y sencillo, que se desarrolla en escenas ingeniosas y abundantes en chistes sin la menor chocarrería, y una música deliciosa, que la crítica ha calificado de la mejor de cuantas su autor ha escrito; en Novedades, una graciosísima comedia en tres actos de Feydean y Desvallieres, titulada *Champignol malgré lui*, y en el Circo Nuevo una pantomima japonesa, *Papa Chrysantheme*, que ha sido puesta en escena con el lujo tradicional en aquella sala de espectáculos.

Londres. – En Garrick se ha estrenado con éxito un interesante drama de Luis N. Parker y Thornton Clark, titulado *David.* La empresa del Olympic, después de haber puesto en escena *Il flauto magico*, de Mozart, se ha visto obligada á dar por terminadas las funciones en dicho teatro, hecho que lamentan los que recuerdan lo mucho que por complacer al público londinense ha hecho en estos últimos años el empresario señor Lago. En Covent-Garden se ha representado *Tristán é Isolda.* En los conciertos de Albert-Hall y del Crystal-Palace han obtenido grandes aplausos el *Réquiem* del compositor húngaro Dvorak, y el *Mártir de Antioquía*, del maestro inglés Súllivan. En Saint-James-Hall ha obtenido un nuevo triunfo el eminente Sarasate.

Madrid. – Se han estrenado con éxito en el Príncipe Alfonso una graciosa parodia de *Don Juan Tenorio*, titulada *La herencia de Tenorio*, de la señorita doña Adelaida Muñoz, y en la Zarzuela el viaje cómico-patriótico *La fraternidad*, letra del señor Jacques y música del maestro Marqués.

Entre las obras que se preparan en varios teatros de la corte citaremos: en el Español, *Gerona*, drama del Sr. Pérez Galdós, quien además ha hecho los bocetos de las decoraciones y de los trajes, y otro drama, aún no bautizado, que para el Sr. Vico está escribiendo D. José de Echegaray; en el Real la ópera del maestro Leoncavallo *I Pagliacci*, que tan aplaudida ha sido en Italia, donde recientemente se estrenó y cuyo argumento está basado en *Un drama nuevo*, esa perla de nuestro teatro contemporáneo; en Apolo *Las ligas verdes*, de Jackson Veyán y Felipe Pérez; *El cofre misterioso*, de Pina y Domínguez; *Baños de ola*, del Sr. Segovia, y *Vía libre*, de Arniches y Celso Rubio, zarzuelas cuya música es respectivamente de los maestros Rubio, Chueca, Espino y Chapí; y en Eslava *Pobres forasteros*, boceto cómico-lírico de Navarro Gonzalvo, música de Brull, y *El gozo en un pozo*, de Granés, música de Rubio.

El ilustrado cuanto popular escritor Mariano de Cavia está escribiendo una comedia que se titulará *La pura verdad*, inspirada en el asunto y espíritu de la obra de Ibsen *Un enemigo del pueblo.*

Barcelona. – En el Principal se ha estrenado el drama de don José de Echegaray *El hijo de Don Juan*, que, á pesar de las crudezas de un género que difícilmente se aclimatará en nuestro público, fué aplaudido por las bellezas de estilo y la hermosura de los pensamientos que caracterizan á ésta como á todas las obras del gran dramaturgo.

Se preparan: en Romea una comedia en tres actos y en verso, de D. Ramón Bordas y Estragués, titulada *Lo moviment continuo*, y en Novedades una humorada en dos actos, de C. Gumá, *La llanterna mágica.*

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Samuel Brandram, famoso actor inglés, cuya especialidad era el teatro de Shakespeare, que empezó á recitar por afición y acabó por representar por necesidad, á consecuencia de grandes reveses de fortuna.

Federico de Hellwald, historiador y geógrafo alemán, autor de *Historia de la civilización en su desenvolvimiento natural hasta la actualidad*, *La tierra y sus pueblos*, *Historia natural del hombre* y otras.

El P. Mateo Liberatore, jesuíta italiano, escritor filosófico y fundador de la revista *Civiltá Cattolica.*

José Wilms, notable pintor alemán, de la escuela de Dusseldorf.

Felipe Grot-Johann, pintor de historia alemán de la escuela de Dusseldorf y uno de los primeros dibujantes contemporáneos.

M. Massicault, residente general del gobierno francés en Túnez, fundador de varios periódicos políticos, ex prefecto de distintos departamentos y comendador de la Legión de Honor.

Florimundo Hervé, célebre compositor francés, autor de muchas y muy aplaudidas operetas, entre las cuales merecen citarse *Le petit Faust*, *L' oeil crevé*, *Chilperic*, *Le husard persecuté*, *Le compositeur toqué*, *Don Quichotte* y *Bachanale* recientemente estrenada en el teatro Menus-Plaisirs, de París: fué el verdadero creador en Francia de la opereta bufa.

D. Miguel de los Santos Alvarez, notable poeta en sus mocedades, escritor ingenioso, ex ministro de España en México y consejero de Estado.

NUESTROS GRABADOS

En busca de un corazón, escultura de Gustavo Eberlein.—La figura arrogante, esbelta, juvenil del arquero y la sonrisa que por entre sus labios asoma dan á comprender que el blanco de su flechazo será un corazón; pero indican también que la herida no manará sangre ni producirá en la víctima más dolores que los que pueda causar el amor. Tal es la idea en que está inspirada la escultura de Eberlein que reproducimos, y la forma de que aparece revestida satisface cumplidamente las exigencias de la más severa crítica, pues la corrección de líneas y la verdad plástica corren en ella parejas con la elegancia y finura del modelado. Por esta razón no es de extrañar que esta obra fuese de las que más llamaron la atención en la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada durante este año en Munich.

Eccehomo, escultura de D. Rafael Atché.—Para apreciar en su justo valer la poderosa genialidad del escultor catalán Rafael Atché, preciso es recurrir al examen de los bocetos que con pasmosa facilidad brotan de entre sus dedos y de los palillos. Ellos revelan sus excepcionales aptitudes para el gran arte, y si las incorrecciones de algunas de sus obras han sido causa para que los llamados á juzgarlas no les otorgaran siempre la que creemos merecida recompensa, los aficionados é inteligentes las aplauden, porque en ellas se adivina, se descubre el vigoroso esfuerzo y la genialidad de su autor.

En el más alto monumento de cuantos embellecen Barcelona descuella la estatua de Colón. Ella pregona la gloria del gran navegante; pero á la vez que testimonio de la cultura del pueblo barcelonés, pregonará las excepcionales aptitudes del más genial de nuestros modernos escultores.

Una boda en Sevilla, cuadro de D. J. Rico.—En la ya numerosa lista de artistas españoles que en la Ciudad Eterna honran á la madre patria por la valía é importancia de sus obras ó bien por los asuntos de carácter nacional que en ellas representan, preciso es continuar el nombre del joven pensionado por la Diputación provincial de Sevilla Sr. Rico, puesto que en cada una de sus producciones halla medio para tributar un cariñoso recuerdo á su ciudad natal y justificar la honrosa distinción que de ella mereció.

El bonito cuadro que reproducimos, de carácter y asunto genuinamente español, ha figurado dignamente en la última Exposición de Munich, en donde fué adquirido para formar parte de una de las mejores galerías particulares que existen en la capital de Baviera.

Fiestas conmemorativas del descubrimiento de América en Nueva York.—Suntuosos han sido los festejos que para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo se han celebrado en Nueva York. Ceremonias religiosas en todas las iglesias de todos los cultos; revista escolar en que tomaron parte 20.000 niños y adultos; festivales, certámenes literarios, fuegos artificiales, revista naval, retreta, revista militar y cabalgata, tales fueron los espectáculos de que disfrutó el pueblo neoyorkino durante una semana. Todos fueron grandiosos cual corresponde á la importancia de aquella ciudad norteamericana; pero entre ellos sobresalió la cabalgata que se organizó con el nombre de *El triunfo de América* que, como este título indica, fué una representación alegórica de los progresos del Nuevo Mundo desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días: dirigióla el capitán Thomson y tomaron parte en ella mil personas y trescientos caballos lujosamente y con gran propiedad vestidas aquéllas y enjaezados éstos. Figuraban en la cabalgata quince grandes carros con grupos alegóricos, entre los que había los de la Fama, de Electra, de Homenaje á Colón, de la Santa María, de la Libertad, del Capitolio de Wáshington, del Presente, de la Prensa, de la Edad prehistórica, etc., cuatro de los cuales, los que más llamaron la atención, están representados en nuestro grabado, cuya parte principal ocupa la vista de Madison Square en el momento de desfilar, en la gran revista militar, el segundo regimiento de la guardia nacional de Pensilvania en traje de gala.

Madrid.—Fiestas del Centenario.—Estandarte del gremio de Ultramarinos, premiado con medalla de plata. – La cabalgata del Comercio y de la Industria, que recorrió las vías más importantes de la capital de España el día 7 del actual, ha sido, sin ningún género de duda, una de las mejores fiestas de cuantas se han celebrado en Madrid para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

El espíritu gremial que tantas y tan grandes empresas realizó en otros tiempos, parece como si despertara de su letargo, manifestándose en una fiesta inspirada por el patriotismo, que honró en extremo á las clases laboriosas en ella representadas.

Aparte de las cuatro grandes carrozas alegóricas, figuraba el estandarte de cada gremio, del que era portador un heraldo montado en hermoso caballo cubierto de ricas gualdrapas. Entre todas las enseñas de los gremios, merece especial mención la del de ultramarinos, al que el Jurado adjudicó el segundo premio, que fué renunciado. De elegante forma, de peluche rojo, bordado en oro y sedas, atrajo las miradas del público que se apiñaba al paso de la comitiva y que le aplaudió calurosamente.

Carolina Lavinie Scott, esposa de Mr. Benjamín Harrison. - Mr. Harrison y su familia junto al lecho de muerte de su esposa. – El fallecimiento de la esposa del actual presidente de la República de los Estados Unidos, acaecido el día 25 de octubre último, ha producido profunda impresión en todas las clases de la sociedad norteamericana, pero muy especialmente en las populares. Mrs. Carolina Lavinie Scott era dama de gran talento, de excepcionales virtudes, sencilla, caritativa y sumamente ilustrada; en su vida privada era un modelo de esposas y de madres, y en todos los actos de su vida pública demostró un tacto y una habilidad que le habían granjeado universales simpatías y general cariño. El grabado que reproducimos al pie del retrato de Mrs. Carolina Lavinie representa al presidente y á su familia agrupados alrededor del lecho en que descansa el cadáver de la que en vida fué ángel del hogar de Mr. Harrisson y consuelo de cuantos afligidos acudieron á ella en demanda de algún socorro.

Los flagelantes, cuadro de Carlos Marr. – A mediados del siglo XIII, cuando imperaban por doquier la astucia y la violencia, cuando el derecho y la justicia eran hollados aun por los que más obligados venían á hacerlos respetar, constituyóse en Italia la hermandad llamada de los flagelantes sin más objeto que el de aplacar la cólera divina con mortificaciones, sacrificios y penitencias corporales. Tal era su entusiasmo y con tanta fe y abnegación propagaron sus doctrinas y se dieron en público como ejemplo de absoluta renuncia de cuanto significaba cuidado del cuerpo, que á pesar de lo rígido de su regla y de lo horrible de sus prácticas el número de los flagelantes creció con rapidez extraordinaria, entrando en la hermandad gentes de todas las clases sociales, desde las más humildes á las más elevadas. Pronto, empero, fué decreciendo aquella excitación fanática, los abusos aumentaron, las procesiones fueron prohibidas y la hermandad al fin quedó disuelta. El eminente pintor alemán Carlos Marr ha representado este movimiento histórico en el hermoso lienzo que reproducimos y que fué objeto de unánime admiración cuando estuvo expuesto en la Exposición internacional de Bellas Artes de Munich en 1889: pocas composiciones pueden darse más grandiosas que aquella procesión en que figuran penitentes de todos sexos, edades y condiciones, monjes, dignatarios, sacerdotes, portadores de cruces, pendones é insignias las más variadas, formando todo ello interminable cortejo que desfila por entre la multitud apiñada. Y si el conjunto resulta magnífico, en los detalles hay tal abundancia de bellezas que ni intentarse podría una ligera enumeración de las mismas.

Mr. Grover Cleveland, futuro presidente de la República de los Estados Unidos. – Por segunda vez ha sido elevado á la presidencia de la República norteamericana Mr. Cleveland, el representante genuino del partido democrático, el infatigable campeón de las ideas de libertad en materia de tarifas aduaneras. Los que recuerden sus actos cuando en 1887 ocupó el mismo cargo para el que hoy ha sido elegido, los que hayan podido apreciar los funestos resultados que desde el punto de vista internacional ha dado en los Estados Unidos la política ultra-proteccionista que tendía á aislar á aquella nación de las demás del viejo y del nuevo mundo, no podrán menos de sentirse regocijados al ver dentro de pocos meses ponerse al frente de aquella República al hombre ilustre, enemigo de los egoísmos, impropios de un pueblo rico, poderoso, educado en las ideas de libertad y progreso y partidario decidido de los procedimientos expansivos, atrayentes, dignos de un Estado que ha llegado al caso sin ejemplar de tener por conflicto gravísimo la plétora del tesoro, el colosal excedente de numerario como resultado de un presupuesto.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. — ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Pero echaba de menos aquellas expansiones de la jovencita que revelaban el candor de su alma, y además era la única que podía comprenderle cuando hablaba de su patria; esperaba, pues, que aquella frialdad fuese una cosa pasajera; pero Sofía, sin dejar de mostrarse amable con él, persistía en su reserva.

No parecía sino que mediase una fatalidad; siempre que intentaba entablar con ella una conversación interesante, la interrumpía la llegada de Laura ó de la institutriz que, celosa de la felicidad de su hija, desasosegada y suspicaz, le observaba continuamente y se atravesaba apenas le veía hablar con Sofía.

De aquí resultó que Alberto se encontraba más á menudo con Laura, cuya belleza, espíritu é ingenio no podía menos de admirar.

Si con Sofía versaban sus conversaciones sobre su patria y los enfermos que la joven asistía con tanta solicitud, con Laura hablaba de literatura, de artes, de ciencias. Tenía ésta muy sano juicio, poseía bastante instrucción y su memoria era tan privilegiada que le bastaba leer una cosa para recordarla hasta en los menores detalles.

Alberto se quedaba á menudo maravillado al oir las profundas observaciones de la joven, que á veces se expresaba como un profesor, y otras veces olvidaba su ciencia y era una muchacha de diez y seis años, alegre y juguetona.

El la miraba y experimentaba la fascinación de aquella belleza apenas esbozada, pero quizás se hubiera dejado atraer más por la dulzura y la bondad de Sofía si ésta no hubiera sido tan poco expansiva.

Además, sin notarlo, giraba ya en un círculo en el que no oía pronunciar más nombre que el de Laura.

– Me gustaría ser tan animosa como Laura, decía Sofía.

– ¡Es tan sensible mi hija!.., decía Elvira, la cual no desperdiciaba ocasión para hacer resaltar los defectos de Sofía.

– Es tan buena, añadía, pero tan flaca, tan delicada, que inspira serios temores.

Eran como alfilerazos que poco á poco abrían una especie de herida en el corazón del joven, hasta que al fin resultó enamorado sin saberlo; pero aun cuando comprendió que su corazón y su admiración eran para Laura, sentía una ternura, cierta conmoción al ver á Sofía; de suerte que no podía explicarse á cuál de ambas amaba más, ó por lo menos á cuál amaba mejor.

– Sí, pensaba, me gustaría tener á Laura por amante y á Sofía por esposa.

Y luego se censuraba á sí mismo por acudirle á la imaginación tan extrañas ideas, y acababa por dar un paseo con Laura, ó por leer con ella un poema preferido.

Cuando Sofía los veía juntos, contentos y embelesados en sus conversaciones, se le oprimía el corazón y tenía ganas de llorar; luego se quería persuadir de que era una tonta, que se había propuesto quedarse soltera, consagrarse á los pobres, á los enfermos y ser algún día hermana de la Caridad.



Se veía en los campos de batalla auxiliando á los heridos

Este era su sueño, y en su imaginación se veía en los campos de batalla auxiliando á los heridos y pronta á socorrer á la humanidad doliente. A falta de heridos, hubiera deseado fundar un asilo para niños enfermos, y se habría enorgullecido recibiéndolos enfermitos de manos de sus madres y devolviéndoselos sanos, contentos y robustos.

Eran ensueños que la desprendían de la tierra y la hacían vivir en regiones elevadas. Gracias á estas fantasías, no sufría mucho al ver crecer de día en día las simpatías entre Alberto y Laura.

Elvira estaba inquieta, nerviosa, agitada; jamás había sido mayor su incertidumbre. Leía en los ojos de su hija todo el amor que sentía por Alberto, y en cambio le parecía el joven frío, mesurado, de suerte que se arrepentía de haber fomentado aquel afecto en el corazón de su hija.

– Se conoce que Laura no le disgusta, pensaba; pero ¿y si no tuviese intención de casarse con ella?, ¿y si se portase así por pasar el tiempo y el día menos pensado se marchase á su país y no volviésemos á saber de él?

Era muy dueño de hacerlo, pero dejando destrozado el corazón de Laura. No, esto no era posible; ella debía defender á su hija, y quien la hubiese dado el menor disgusto, habría tenido que habérselas con una madre tan fiera como una tigre cuando la arrebatan sus hijuelos.

Un día, abrazando á Laura, le dijo:

– ¿Verdad que no amas mucho á Alberto, hija mía? Ya sabes que siempre te he dicho que no hay que fiarse de los hombres, y que si no se tiene completa seguridad en su cariño, se deben refrenar los impulsos del corazón. Tranquilízame, pues, diciéndome que le quieres como un hermano.

– Le amo con toda mi alma, contestó Laura.

Elvira se inmutó.

– Quieres hacerte desgraciada, le dijo; y ¿si él no te amase?

– Estoy segura de que me ama.

– Pero no te lo ha dicho.

– Me lo dirá; nunca es tarde.

– ¿Y si amase á otra?

– ¡Imposible!

Elvira se asomó á la ventana y vió á Alberto y Sofía hablando con animación.

– ¿Y si amase á Sofía?, añadió indicando á los dos jóvenes que se alejaban.

Laura se miró al espejo y contestó:

– Lo creí una vez; pero ahora ya no lo creo.

– Sofía es rica, añadió Elvira.

– Alberto es hombre de elevado criterio para cuidarse de semejantes cosas.

– ¿Y si se burlase de ti?

– No es capaz de ello.

– Eres una niña; no conoces á los hombres...

– Conozco á Alberto, y le creo incapaz de cometer una acción indigna de un caballero.

– ¡Dios mío! ¡Cuánto le ama!, exclamó Elvira y volviéndose á su hija le dijo: ten presente que si te sucede algo, ya te he avisado.

– Sí, mamá; pero no me sucederá nada malo.

– ¿Y si Alberto te dejase?

– Me moriría.

– ¿Y yo qué haría sola en el mundo?

– Preferirías llorarme muerta á verme desgraciada.

– ¡Hasta ese extremo le amas! ¡Cómo me arrepiento de haber sido demasiado débil, de no haberte sacado de aquí el día en que adiviné tu amor! Pero ¿qué tiene ese hombre para haberte dominado así?

– No digas eso, mamá, me apenas; ya verás cómo no sucede nada y tu Laura será dichosa.

Y al decir esto la besaba con ternura.

Aquella madre, que no podía resistir á los besos y á las lágrimas de la hjia, no quiso afligirla más con sus temores y se resignó á encerrarlos en su corazón.

Pero no estaba tranquila; le asustaba el porvenir. Parecíale que si Alberto hubiese amado á Laura con la intención de casarse con ella, la habría dado á entender algo y declarado su amor; pero se limitaba á ser amable y cortés y nada más.

Si veía á Laura algún tiempo en íntima conversación con él, abría su ánimo á la esperanza; creía que

le confesaba su amor; pero cuando preguntaba á su hija de qué habían hablado, ésta le contestaba:

– De muchas cosas: de la novela que acabé ayer de leer, del paseo que daremos mañana, del lago, de Alemania; ¿qué sé yo?

La madre se quedaba abatida al oir estas respuestas; en cambio Laura sonreía, la abrazaba y le decía que le habían pasado como un relámpago aquellas horas en compañía de Alberto, tan placenteras le habían parecido y tan feliz era á su lado.

Llegó por fin un día en que Laura, después de estar mucho rato hablando con Alberto, corrió á echarse en brazos de su madre y le dijo que él acababa de declararle que la quería, y reía y lloraba de contento.

Esta confesión arrancó á Elvira un peso del corazón y también confundió sus lágrimas de alegría con las de su hija.

Comprendía que Laura ya no era suya y que se separaría de ella; pero ¿qué le importaba si sabía que era feliz? Era una fortuna inesperada para una pobre joven sin padre, y ahora dependía de ella apelar á toda su diplomacia para no dejarla escapar.

El primer paso, el más difícil, estaba ya dado; el joven se había declarado.

Pero viendo que pasaban los días y que él no decía nada más, Elvira decidió hacer valer sus derechos de madre y le hizo comprender que era preciso que manifestara cuál era su intención.

Alberto le contestó que había escrito á su padre con objeto de obtener su consentimiento para pedir la mano de Laura, y que tan luego como recibiese contestación se acercaría á ella exponiéndole en debida forma su pretensión.

Elvira le hizo saber su posición y sus circunstancias, que no le permitían dar á su hija un dote digno de él.

Pero Alberto compitió con ella en generosidad, y contestó que Laura le gustaba y todo su deseo se reducía á hacerla feliz; si fuese rica sería demasiada fortuna para él, y por consiguiente más valía así.

Elvira quería contarle su historia, pero el barón se había anticipado, y el interés que en Alberto había despertado la triste suerte de las dos mujeres influyó mucho en hacerle amar á Laura, y desde aquel momento deseaba ser su protector, su amigo.

Elvira le rogó únicamente que hiciera feliz á su hija, con lo cual se daba por satisfecha.

A los pocos días se recibió carta del padre de Alberto, al cual había complacido mucho la determinación de su hijo y le daba su consentimiento, estando seguro de que la novia no podía menos de ser digna de él y deseando únicamente su felicidad.

Súpose en breve la noticia del concertado matrimonio y se daba á Laura el parabién por su fortuna.

El barón se puso también muy contento y dijo á Elvira:

– ¡Cuánto me alegraría de que mi hija tuviese la misma suerte!

Sofía gozaba sinceramente con la alegría de su amiga. En su interior se congratulaba de haber sido ella en parte la causa, pero al mismo tiempo tenía momentos tan tristes que á pesar suyo le daban ganas de llorar. Y en tales momentos, ¡pobre de ella si no hubiese tenido sus ocupaciones, los pobres, los enfermos, que eran para ella un consuelo y una distracción á la vez!

XV

Los dos jóvenes eran felices, vivían ocupados exclusivamente de sí mismos, sin cuidarse de los que les rodeaban, como verdaderos enamorados.

Laura, orgullosa por naturaleza, sentía crecer su orgullo por haber sabido conquistar el corazón de Alberto y hacía ostentación de su buena fortuna. Cuando estaba á solas con Sofía hablaba continuamente de él, repetía lo que le decía y afectaba cierto aire de superioridad sobre su amiga que lastimaba á ésta profundamente.

Un día en que las dos jóvenes paseaban por el jardín cogidas del brazo y, como de costumbre, Laura había hecho recaer la conversación sobre las cualidades de su novio, dijo de pronto á Sofía:

– ¿Cuánto darías por encontrar un novio como Alberto?

Sofía sintió como una herida en el corazón, algo que en su interior se rebelaba contra su paciencia y su bondad, é involuntariamente salieron de sus labios estas palabras:

– Si hubiese querido, Alberto hubiera sido mío.

Laura le lanzó una mirada furiosa y contestó:

– Mientes; es una invención tuya... no ama á nadie más que á mí, ni ha amado nunca á otra... di que me has gastado una broma.

«Si hubiese querido,» iba á repetir Sofía; mas al ver la cara descompuesta de su amiga, le pareció que sería demasiado mala y que se proporcionaría una satisfacción inútil, por lo cual contestó:

– Sí, ha sido una broma.

Pero lo dijo de cierto modo, con lentitud, en voz baja, como se suele decir una cosa que no es cierta.

Laura quiso creerlo, pero no estaba enteramente convencida; adivinaba la parte que había tenido su madre en aquel asunto, y se sentía humillada de deber su felicidad á su amiga.

– ¿Me puedo acaso comparar contigo?, le decía Sofía que quería remediar el daño hecho y le pesaba verla triste por su culpa; ha sido una broma; tienes razón.

Laura afectó que estaba convencida, de lo contrario habría padecido mucho; de todos modos conocía que su prometido la amaba, y no quería pensar en lo pasado, sino contemplar el porvenir que se le presentaba con los más bellos colores.

Elvira vivía también de la ventura de su hija y estaba tan contenta como no lo había estado en su vida. Solamente se ocupaba ya en activar la boda, porque siempre recelaba que surgiera algún incidente que la impidiese y comprendía que su hija no podría vivir sin Alberto. En tanto la preparaba un magnífico ajuar, digno del esposo que le había caído en suerte, y con tal objeto iba á menudo á Milán y regresaba con bellísimas cosas que causaban la admiración de todos.

Laura dejaba todas estas preocupaciones y cuidados para su madre, pudiendo decirse que no vivía sino de amor y poesía.

El barón estaba contento de tener en su casa á los novios; pero le parecía que Sofía estaba de algún tiempo á aquella parte algo más pálida, y se proponía hacer un viaje por Suiza con su hija en cuanto se celebrase el matrimonio; de este modo sentiría menos la partida de la amiga.

El padre de Alberto había hecho una visita al barón para conocer al propio tiempo á la novia de su hijo, de la cual había quedado prendado.

Laura tenía el arte de fascinar á todos y lo empleó en deslumbrar al padre de su Alberto; sin embargo, éste dijo en confianza á su hijo que hubiera preferido que su elección recayese en Sofía, la hija de su amigo.

– ¡Qué quieres, papá!, le contestó Alberto; hubo un momento en que casi estuve por escogerla, pero me subyugó la belleza de Laura.

– Pues sed felices, no deseo otra cosa.

El padre de Alberto se detuvo poco en Italia por tener muchas ocupaciones en su país, entre ellas la de preparar la casa en que habían de vivir los dos esposos.

Siguiendo los deseos de éstos, la boda debía celebrarse en el lago, en la mayor intimidad, y luego emprenderían un largo viaje antes de ir á Berlín, ciudad escogida para su residencia.

A medida que se acercaba la época del matrimonio, Elvira estaba más atareada porque debía ocuparse de todo, y no eran cosas de poca entidad para una mujer sola sin que nadie la ayudase.

Si Laura no hubiera sido menor de edad, no se habría tropezado con grandes dificultades; pero tenía muchos asuntos que resolver, y no estaba dispuesta á consentir en que la boda se aplazara cuatro ó cinco años.

«Laura podría morir mientras tanto, pensaba, y luego Dios sabe lo que puede suceder en tantos años.»

Era demasiado desgraciada para no temer alguna desdicha, é importaba que su hija tuviese quien la protegiera lo más pronto posible.

Pero tuvo que allanar gran número de obstáculos. En el momento de publicar las amonestaciones le pidieron el consentimiento del padre, pues de lo contrario no podría efectuarse el matrimonio.

Hacía diez años que Elvira no sabía nada de su marido, y aunque hubiera podido dar con él, estaba segura de que, sólo por vengarse, no habría dado su consentimiento; así fué que contestó sin vacilar:

– Mi marido ha muerto.

– En ese caso debe usted presentar la partida de defunción de su esposo y será valedero su consentimiento de usted.

Elvira se quedó confusa al oir aquellas palabras, porque, en su afán de casar á su hija, no se le había ocurrido semejante exigencia; además, su marido, del que no se tenían noticias hacía tantos años, debía haber muerto, pero ¿dónde? ¿cuándo? Esto es lo que más embarazaba á la pobre mujer.

Pero se acordó de que había visto anunciada la muerte de Ernesto Berletti, el primo de su marido, que precisamente por la igualdad de nombres fué causa, cuando se trató de casarla, de un error tan fatal para su felicidad. El anuncio procedía de Florencia, donde vivía aquel primo, y en el momento en que Elvira se encontraba ante el empleado que le reclamaba el certificado de defunción de su marido, la idea de que podía peligrar la dicha de su hija, después de haber dicho quizás una mentira, le hizo juzgar indispensable sostenerla. Por esto contestó:

– Volveré provista de los documentos necesarios; no sabía que para casar dos jóvenes que se quieren fuesen indispensables tantas formalidades.

– Así lo exige la ley; siento mucho molestar á usted tanto, respondió el empleado.

Y cuando salió de allí, aquella pobre mujer no sabía qué hacer.

No veía otra disyuntiva sino proporcionarse la partida de defunción de Ernesto Berletti, cualquiera que fuese, padre ó primo, poco le importaba, ó ver todas sus esperanzas disipadas como el humo y á su hija morir de sentimiento.

¡Ver morir á su hija..., hermosa como una imagen, en la flor de su juventud!.. No, no, era imposible; antes se consideraba capaz de cometer un delito. Además, el Berletti fallecido ¿no podía ser su marido? ¿Por qué no? Como también tenía parientes en Florencia, podía haberse retirado á aquella ciudad, y por último, si hubiese vivido, estaba segura de que no la habría dejado en paz; conque debía ser él.

Y á fuerza de acariciar semejante idea, quiso convencerse de que el muerto era su propio marido, y sin darse tiempo, sin decir nada á nadie, escribió á la quinta que sus asuntos la retenían un poco más en Milán y partió para Florencia.

Al llegar á aquella ciudad no interrogó á nadie, no adquirió informes; dió pasos para poder sacar la partida de defunción de Berletti; para obtenerla contó la primera fábula que se le ocurrió; además, también ella se llamaba Berletti y nada más natural que desease tener la prueba segura de la muerte de un pariente suyo; de suerte que con poco trabajo logró lo que deseaba. Llevó triunfante al municipio aquel certificado; el empleado lo halló en regla y ofreció que en toda la semana próxima se publicarían los edictos del matrimonio.

Elvira regresó á la quinta algo más tranquila, y al abrazar á su hija pensaba: «¡Si supiese cuántos afanes y fatigas me cuesta su felicidad!»

XVI

Desde que estaba prometida Laura, permanecían algo retirados en la quinta el barón y Sofía, pareciendo que la dueña fuese Elvira.

Todo el día era un ir y venir de líos, paquetes, sastres y modistas para Laura, y madre é hija estaban continuamente atareadas; no se podían ocupar de los demás.

En cambio el barón pasaba más horas encerrado en su despacho, y Sofía dedicaba el día á visitar á los pobres y á los enfermos. Por entonces le acometió un verdadero afán de pintar y siempre andaba con su álbum, su caballete y su silla de campaña copiando algún paisaje del natural.

Así era que quedaban dueñas del campo Elvira y Laura, y ellas eran las que animaban algo la quinta, con gran escándalo de los criados, que tenían al barón por un necio, y si antes soportaban con paciencia y respetaban á Elvira, que era justa y buena, no podían aguantar la soberbia de Laura, que parecía una princesa y que desde el día en que pudo tener un novio se creía señora del mundo, mandaba á todos á la baqueta y estaba insoportable.

El barón no podía menos de reparar en el predominio que madre é hija se habían asumido en su casa; pero le gustaba tanto su tranquilidad y además estaba tan acostumbrado á ver mandar en su casa á Elvira, que aquello le parecía la cosa más natural del mundo y la dejaba hacer.

El, que al oirle habría querido trastornar el mundo, no había nacido para luchar; con tal que le dejasen en paz, soportaba que otra persona tuviese el mando de su casa, y mucho más si esta persona era una mujer juiciosa como Elvira, á la cual seguía teniendo gran aprecio y cierto cariño.

Además, quería á Laura como si fuera hija suya y estaba contento sabiendo que era feliz.

– ¡Pobrecillas!, pensaba. Han padecido tanto que es muy justo que tengan algún consuelo.

Para madre é hija los días que debían preceder al matrimonio eran felices.

Sus muchas ocupaciones les hacían olvidar los disgustos pasados; Elvira, atenta sólo á que su hija no careciese de nada, tenía demasiado que hacer yendo y viniendo de Milán para comprar cosas; era para ella un pasatiempo y una diversión recorrer tiendas, escoger, probar y adquirir objetos que hacían á Laura feliz.

Cuando ésta y su novio acompañaban á su madre en sus excursiones, pasaban días deliciosos.

En tales ocasiones, Alberto regalaba siempre algu-

na alhaja á su prometida, luego almorzaban en la fonda, donde Laura pedía los manjares más sabrosos ó más escogidos, y aquella madre y aquel novio estaban contentos y orgullosos de la joven que demostraba una alegría infantil al ver satisfechos todos sus caprichos y al comprender que era tan querida de aquellas dos personas que con su excesivo cariño la habrían viciado.

Laura era una pequeña egoísta, una tiranuela, y ellos lo sabían; pero á veces ¡es tan grato someterse á las voluntades de un encantador tirano de magníficos ojos negros, que da las gracias con una deliciosa sonrisa capaz de remover las fibras más recónditas del corazón!..

Así, los novios pasaban los días haciendo proyectos para el porvenir y entregados por completo á su felicidad.

Debían hacer un largo viaje de bodas y Elvira quería que su hija no careciese de nada; verdad era que luego se encontraría sola y sin tener nada que hacer, pero no quería pensar en tal momento y en el ínterin tenía tantas cosas en que ocuparse y tantas á que atender, que le parecía que le había de faltar tiempo para todo.

Pero un rayo caído de aquel cielo sereno la distrajo de sus tareas.

Apenas se insertaron en los periódicos las primeras publicaciones del matrimonio, su marido, el verdadero padre de Laura, el que había permanecido tantos años silencioso y de quien no se tenía noticia ninguna, surgió de pronto para impedir el matrimonio de su hija. Elvira recibió una citación para responder á la acusación de haber presentado un documento falso de la muerte de una persona que vivía aún.

Fué un golpe terrible para aquella pobre madre, á quien le pareció ver derrumbarse de pronto todo el edificio tan trabajosamente levantado.

Era forzoso suspender la boda, y carecía de valor para dar á su adorada hija semejante noticia.

No tenía la menor idea de lo que le convenía hacer, pero tampoco quería consultar á nadie y mucho menos al barón; sentía una angustia tan horrible como jamás la había experimentado, y sin ver ningún remedio para ella; se le iba la cabeza; estaba cansada de vivir, de luchar sin descanso, de verse atada siempre á aquella cadena que ya parecía no deber romperse sino con la vida, y habría deseado morir, perder aquella existencia llena de afanes y zozobras; pero se trataba de su hija y debía reunir aún todas sus fuerzas para salvarla, para hacerla dichosa; conseguido esto, vería llegar la muerte con la sonrisa en los labios, como su emancipación completa.

¿Qué le importaba que la acusasen de haber presentado un documento falso? Había creído que el muerto era su marido, y aduciría esta creencia en su defensa; por lo cual no temía nada; pero aunque la hubieran tenido por culpable, aunque la condenaran, ¿qué le importaba? Lo interesante para ella era salvar á su hija y casarla con el hombre que amaba; lo demás le tenía sin cuidado.

Procuró hacer un esfuerzo para mostrarse tranquila y dijo que debía ir á Milán para evacuar algunas diligencias; pero por más que hizo para disimular sus sentimientos, su hija hubo de notar algo.

– Mamá, le dijo cuando la vió á punto de marchar, tú me ocultas algo. ¿Qué ha sucedido?

– Nada, hija mía; no te preocupes; es que, como soy mujer, no entiendo bien ciertas cosas; faltaba llenar una formalidad indispensable para tus amonestaciones y ya verás cómo lo arreglo todo y no habrá nada que impida tu matrimonio.

– ¿Dices que es cosa que tiene que ver con mi matrimonio?

– Sí, pero no te alarmes, es cosa insignificante; ya ves que estoy tranquila y que río; además, ya sabes que yo me cuido de todo; tú no has de pensar más que en ser feliz.

– Pero te veo tan inquieta que me asustas.

– Nada, nada, no tengas cuidado; dame un beso, y hasta la vista.

Así partió para Milán, pero entonces con el ánimo acongojado y la cabeza confusa.

Durante el viaje iba pensando de dónde habría podido salir su marido en el preciso momento en que, creyéndole muerto, ya no se acordaba de él; comprendía que habría podido decir fácilmente que lo consideraba difunto, pero lo difícil era obtener su consentimiento para la boda de su hija.

Estaba decidida á intentarlo todo con tal de conseguirlo; se trataba del porvenir de su hija y nada le parecería difícil ó repugnante para lograrlo.

Apenas llegó á Milán fué á ver á su amiga la condesa de la Somasca, que la recomendó á su abogado, y á no haber sido por una y otro habría tenido que esperar en la cárcel la resolución de la causa que se le formó por presentar documentos falsos. No le bastaba asegurar que había creído realmente muerto á su marido; la causa debía seguir su curso hasta su vista por el jurado, y sólo obtuvo, mediante fianza entregada por su amiga, el permiso de defenderse estando en libertad.

Por el momento no pidió más. Le asustaba la idea de verse encerrada en una cárcel, sin poder auxiliar á su hija; estando libre, al menos podía hacer algo.

Lo que ante todo necesitaba para que se efectuase el matrimonio era el consentimiento de su marido; por esto deseaba ver al que la había hecho tanto daño á fin de procurar conmoverlo; sabía demasiado que era empresa muy difícil, pero necesitaba asirse á aquella leve espezanza, y por más que le costase mucho ir ella misma á presentarse á su marido, se resolvió á hacerlo.

Adquirió informes; supo que hacía bastantes años se había dedicado á los negocios, y que después de probar muchos, se hizo empresario de teatros y á la sazón lo era de uno de Milán.

Si no había oído hablar de él, consistía en que tenía un socio, ó mejor dicho, un testaferro, un pobre diablo que era quien daba el nombre en las empresas, pero dejándole carta blanca, de suerte que podía decirse que todos los negocios los hacía él. Había ganado bastante dinero, estaba en buena posición y hasta le apreciaban mucho las personas que le trataban.

Empezó su fortuna en Montecarlo, donde, por haber trabado conocimiento con algunos cantantes, se le ocurrió meterse á empresario; dió principio gloriosamente á su nuevo género de vida estrujando cuanto podía á los pobres artistas, presentó luego al público algunas celebridades, y en poco tiempo consiguió reunir una fortuna regular que, por haber adquirido ya más aplomo y formalidad, decidió no perder, y desde entonces varió de vida y de conducta.

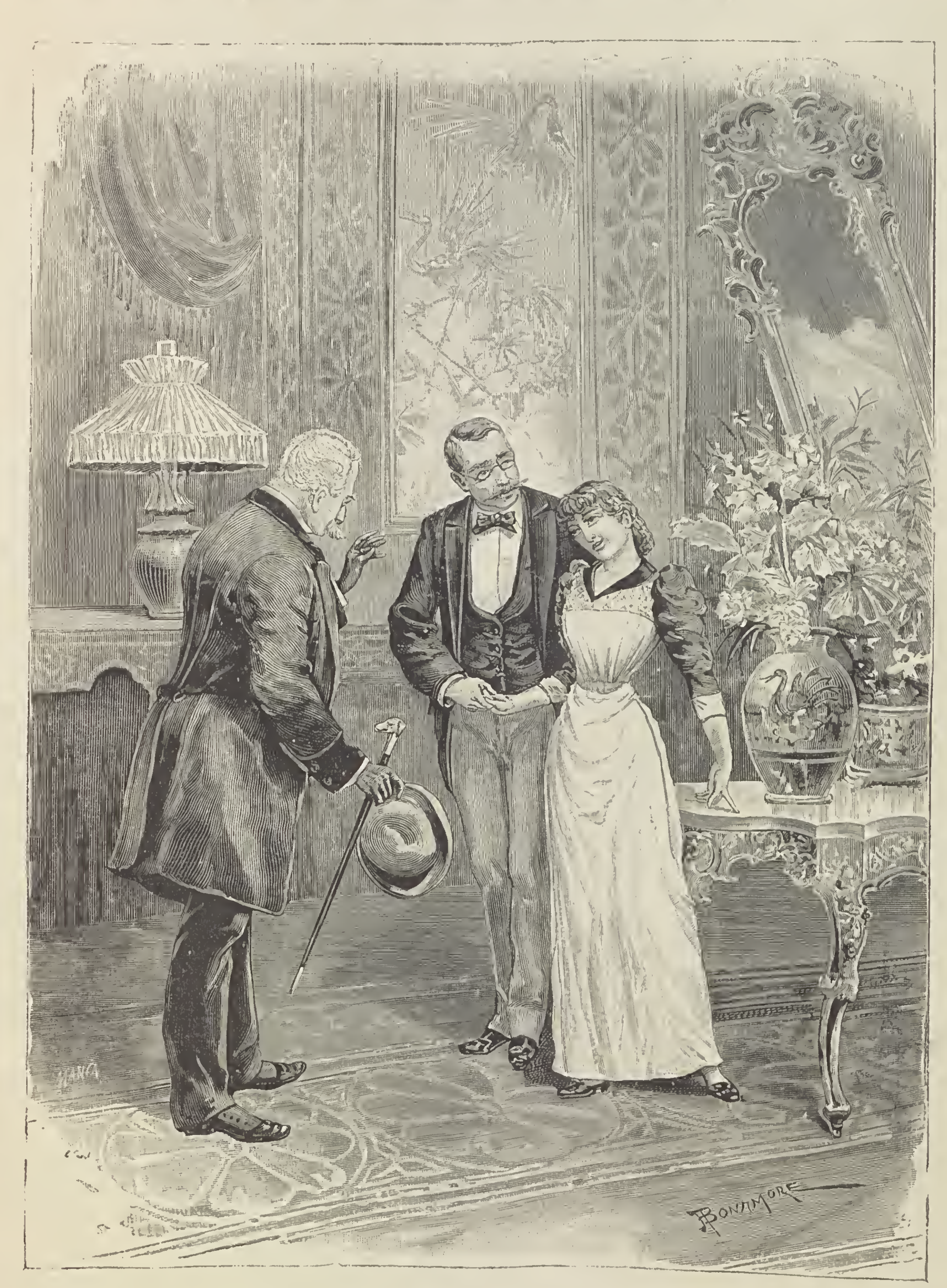
Pero no perdía de vista á su mujer y á su hija, resuelto á cogerlas desprevenidas para tener el placer de vengarse de la mujer que le había despreciado; ya no le faltaba más que aquella venganza para estar contento y tenía empeño en no dejarla escapar.

Aparte de esto, en la profesión que había abrazado estaba en su elemento; la facilidad de rodearse de artistas teatrales, de ser una especie de rey en la escena, de llevar una vida alegre y sin cuidados, encontrando siempre compañeros dispuestos á secundarle, todo esto era lo que más cuadraba á su carácter.

Había establecido en Milán su cuartel general, ante todo porque era un centro artístico que le convenía, y luego, porque viviendo en Milán no perdía de vista á su mujer, pues aunque no había vuelto al lago de Como, enviaba allí espías que le contaban todo cuanto sucedía en la quinta del barón de Sterne.

Cuando supo que Laura iba á casarse se alegró; sabía que no podía hacerlo sin su consentimiento, y así ambas mujeres caerían en sus redes. Cuando tuvo después noticia de que su mujer había querido hacerle pasar por muerto se regocijó mucho más porque consideraba segura su venganza, y hubo días en que todos lo encontraron de buen humor; escrituró artistas á los cuales no quiso hacer caso antes; pagó á otros deudas antiguas que ya no esperaban cobrar; en suma, estaba contento, necesitaba expansión y procuraba tener satisfechos á cuantos lo rodeaban.

(Continuará)



El padre de Alberto quedó prendado de la novia de su hijo

SECCIÓN CIENTÍFICA

FÍSICA RECREATIVA

UNA CREMACIÓN FANTÁSTICA

El experimento que vamos á describir ha obtenido recientemente gran éxito en el Edén Museo de Nueva York, en donde lo ha presentado Powell, un ilusionista americano que goza en la actualidad de gran renombre.

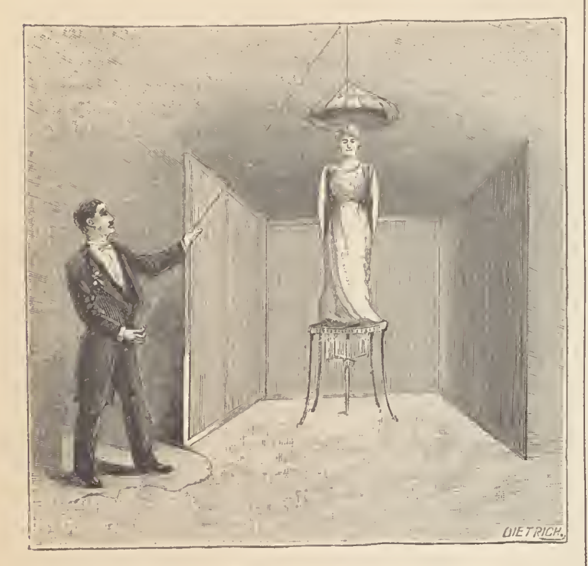


Fig. 1. Presentación de la víctima

He aquí la manera como el espectáculo se presenta al público: al levantarse el telón una joven vestida de blanco, anunciada como futura víctima de una incineración instantánea, sube á una mesa dispuesta en el fondo de una especie de alcoba limitada por tres biombos, encima de la cual hay suspendido un gran saco plegado, como indica la figura 1.

La mesa á la cual sube la víctima parece tener cuatro pies y debajo de ella arden ó parecen arder cuatro bujías con objeto de indicar al público que el espacio que hay debajo de aquélla es abierto, completamente libre y nada á propósito para un escamoteo. El estuche cilíndrico en forma de saco que ha de cubrir á la incinerada puede ser mostrado al público, el cual verá que es entero, es decir, que no tiene agujero ni artificio alguno que permita una fuga lateral, siempre posible sin esta disposición. Hechas todas estas comprobaciones, se hace descender el saco sobre la víctima y se prende fuego á ésta por medio de un pistoletazo. El humo y las llamas (figura 2) indican muy pronto al espectador aterrorizado, ó por lo menos presa de viva curiosidad, que el fuego prosigue su obra destructora, y cuando la llama se ha extinguido se levanta el saco, que por ser de una tela incombustible ha quedado intacto, y sobre la mesa y entre restos todavía humeantes no se ve más que un montón de huesos coronado por una calavera (fig. 3).

Un examen de las condiciones en que se ha operado la desaparición no revela en manera alguna los procedimientos que han permitido realizarla tan rápidamente; pero no habrá de seguro quien no sospeche que el juego tiene una trampa. ¡Claro que la tiene! ¡Pues no faltaría sino que para dar gusto al público se sacrificase cada noche una víctima inocente! Esta trampa es la que vamos á explicar con ayuda de la figura 4.

El espectáculo ilusionista ideado por Mr. Powell es una ingeniosa combinación de escamoteo por debajo del escenario y de las propiedades bien conocidas de los espejos colocados en plano inclinado. La mesa á la que se sube la víctima de la incineración no tiene más que dos pies en vez de cuatro; los otros dos los ven los espectadores por reflexión de los dos primeros en dos espejos inclinados en ángulo de 90 grados entre sí y de 45 respecto de las dos paredes laterales del biombo dentro del cual se verifica la escena de la desaparición. Lo mismo sucede con las dos bujías, que también parecen ser cuatro, gracias á la reflexión de las dos en los espejos.

Merced á la combinación de espejos y paredes del biombo y á la adopción de una tela uniforme que cubre estas paredes, la reflexión de los dos lados en los dos espejos inferiores parece ser simplemente la continuación de la pared del fondo. La parte superior de la caja triangular formada por ésta y por los dos espejos consta de dos partes, una constituída por la tabla de la mesa y otra por fracciones de espejo que reflejan la pared inferior y de pedazos de tela del mismo color que ésta.

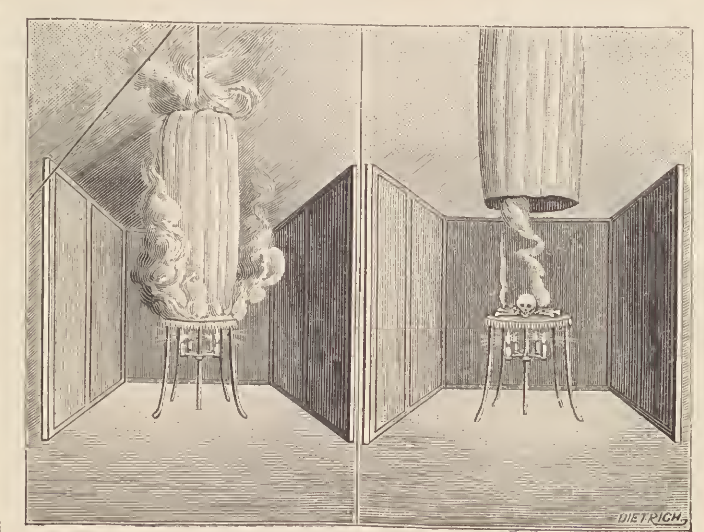
Con esta explicación es fácil comprender en pocas palabras el conjunto de operaciones más ó menos fantásticas á que el espectador asiste con interés. En cuanto la víctima queda oculta por el saco que la cubre, escápase por un escotillón disimulado en la mesa, como indica la figura 4, y rápidamente coloca en su lugar los huesos y la calavera y algunos fuegos de artificio que enciende en cuanto oye el pistoletazo, hecho lo cual se retira tranquilamente cerrando el escotillón y permaneciendo escondida en el espacio triangular constituído por la pared del fondo y los dos espejos hasta que ha bajado el telón.

DR. Z.

***

LOS GLOBOS DIRIGIBLES EN CHALAIS-MEUDON

Sabido es que el comandante francés M. Renard, director del establecimiento central de aerostación militar de Chalais-Meudon, viene ensayando desde hace cinco años motores de gran potencia y de poco peso para proceder á nuevos experimentos de navegación aérea por medio de un globo de mayores dimensiones que el aerostato eléctrico *Francia*, ensayado en 1884 y 1885. Varios motores eléctricos y de vapor han sido sucesivamente construídos y probados sin éxito, pues en cuanto á los últimos la condensación del vapor de escape es casi imposible de conseguir á bordo de los barcos aéreos, y por lo que á los primeros respecta la duración del funcionamiento de los aparatos eléctricos es demasiado reducida para que pueda ser práctica. Pero parece que el problema acaba de ser resuelto merced á la invención de un nuevo dispositivo de motor, cuya construcción está ya muy adelantada, y se tiene la esperanza de que los experimentos que se verificarán en los primeros días buenos nos demostrarán que un globo puede estar dotado de una velocidad propia suficiente para luchar contra las corrientes atmosféricas medias y aun vencerlas cuando su velocidad no exceda de 12 metros por segundo, ó sea 45 kilómetros por hora.



Figs. 2 y 3. La combustión de la víctima y lo que queda de ésta

El globo, al cual se dará el nombre de *Capitán Meusnier*, tendrá una forma análoga aunque algo más prolongada que el aerostato dirigible *Francia*: mide 70 metros de punta á punta por un diámetro máximo de 13 metros en la cuaderna maestra, y su cubicación es de 3.400 metros. La envoltura va provista de un pequeño globo de aire compensador y cubierta de una funda cortada por piezas laterales y sostiene las cuerdas de suspensión y los cabos de la barquilla. Esta, que en un principio estaba formada por un armazón de hierros esquinados que se rompió en el primer ensayo, es ahora análoga á la barquilla del primer globo dirigible: su tablazón interior es de bambúes y de maderos de pino acanalados, reunidos por virotillos de acero huecos. El centro de esta especie de *perissoire*, que mide 40 metros de longitud, está ocupado por un camarote que contiene la máquina al lado de la cual están los aeronautas.

Respecto del motor, ya se comprenderá que, siendo la parte esencial del aparato aéreo, pocas son las noticias que puedan hacerse públicas: baste saber que funciona á la vez con la gasolina y el gas del globo y que podrá desarrollar normalmente, durante ocho ó diez horas, una potencia efectiva de 45 caballos sobre el árbol; potencia capaz de imprimir al buque una velocidad propia de 11 metros por segundo, ó sea 40 kilómetros por hora. El peso total de la maquinaria, con el carburador, la provisión de gasolina y los accesorios, no excederá de 1.200 á 1.400 kilogramos, ó sea 30 kilogramos por caballo. Hasta ahora lo más que se había podido conseguir para una producción de fuerza análoga había sido construir un motor de petróleo de 150 á 200 kilogramos para la misma proporción. Esta extraordinaria diminución de peso ha sido obtenida por el comandante Renard por medio de una combinación enteramente nueva, de un *ciclo* motor diferente.

La hélice va colocada en la proa de la barquilla, en cuya popa hay un gran timón; la longitud de las paletas de la hélice es de 4'50 metros, lo cual supone para aquélla un diámetro de 9 metros; su velocidad de rotación será de unas 200 vueltas por minuto.

Todo el material de este nuevo globo dirigible, lo propio que los parques de aerostación militar, ha sido construído en los talleres de Chalais por soldados de ingenieros destacados por sus regimientos para completar bajo la dirección del comandante Renard su instrucción especial de aerostación. Tómanse las mayores precauciones para evitar las indiscreciones de los extraños, especialmente en lo que concierne al motor y á sus anexos, y los primeros experitos se verificarán á la callada en los primeros días buenos de la primavera de 1893.

H. GY

***

EL TRÁFICO POR EL CANAL DE SUEZ

El tráfico por el canal de Suez ha sufrido durante el presente año una suspensión momentánea en el aumento progresivo que hasta ahora había tenido y acerca del cual creemos interesantes los siguientes datos.

En once años, el número de buques que por él pasan ha duplicado: la estadística del año pasado revela un aumento anormal sobre el año anterior, puesto que es casi de un 24 por 100. En el mismo período de once años, el tonelaje bruto ha poco menos que triplicado, excediendo el de 1891 al de 1890 en cerca del 20 por 100, hecho que demuestra la tendencia al empleo de buques de mayores dimensiones.

El tonelaje medio de los buques hace diez años era de 2.000 toneladas; actualmente es de 3.000, y así como hace cinco años el calado del mayor buque era de 7'50 metros, hoy es de 7'80; durante el año próximo pasado han atravesado el canal de Suez 135 buques, cuyo calado está comprendido entre estas dos cifras.

Los productos del tránsito han aumentado, pues, en proporción mayor que el número de buques, pero no del todo en proporción del tonelaje bruto, pues su aumento es sólo de 110 por 100.

El número de buques que durante el año 1891 pasaron por el canal de Suez fué de 4.207 con un tonelaje en conjunto de más de 12 millones de toneladas que han pagado unos 83 millones y medio de francos. El aumento ha sido en todo el año; pero, como en los anteriores, el mayor número de buques ha pasado durante los meses de verano: en mayo pasaron 454 y en junio 424 con un tonelaje total igual al de mayo. La mayor duración de los días en

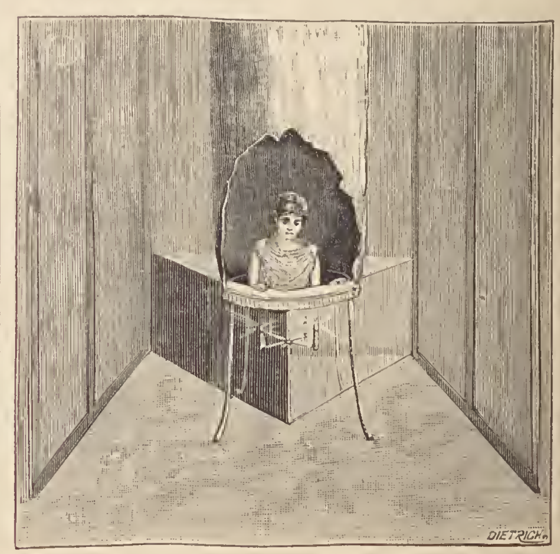


Fig. 4. Explicación del experimento

esta época no ejerce más que una influencia mínima, pues cada vez más navegan los buques de noche por el canal. En 1890 la proporción ha sido de 83'6 por 100 y en 1891 se ha elevado á 88'2 por 100 con un total de 3.711. Al mismo tiempo la duración media de la travesía ha disminuído, siendo actualmente de 23 horas 31 minutos; esta duración es mayor en abril y mayo y menor en diciembre. La duración media de la travesía para los buques que navegan de día y de noche es de 21 horas 58 minutos; para los que sólo navegan de noche es de 34 horas 54 minutos. Aunque el aumento total haya sido de 24 por 100 en el conjunto, el pabellón inglés en particular ha aumentado en 27'5 por 100, habiendo sido 3.217 el número de buques de esa nación que han pasado el canal en 1891. Aumenta también el número de buques alemanes; en cambio permanecen estacionarios los franceses, austriacos é italianos. Los buques de las demás naciones apenas alcanzan al 5'6 por 100 del total, en el que figuran: Inglaterra por 76'63 por 100, Alemania por 7'12, Francia por 6'05, Holanda por 3 é Italia por 2'26.

Del número total de buques 3.060 son mercantes con 6 millones de toneladas, en las que Inglaterra entra por 89 por 100 y Alemania por 6'25 por 100.

Inglaterra, como se ve, sostiene su primer puesto como potencia marítima.

(De *La Nature*)



Fuego de artificio en miniatura

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

FUEGO DE ARTIFICIO EN MINIATURA

Para producir el fuego de artificio que vamos á describir no se necesita ser pirotécnico: basta tomar un soplete ó una pipa de tierra y algunas hojas del papel de estaño que se utiliza para envolver el chocolate, que se recortarán en tiras de dos ó tres centímetros de ancho, y exponer cada una de estas tiras á la llama del soplete. El metal se inflama y cae en glóbulos incandescentes que rebotan y corren por la mesa en que se opera, recorriendo una distancia considerable: algunas veces se dividen y dan origen á otros glóbulos que corren y saltan en todos sentidos.

Cuando la llama es intensa y se quema de prisa el papel de estaño, los glóbulos son muy abundantes y tienen el aspecto de un verdadero ramillete de fuegos artificiales en miniatura.

Este experimento no ofrece el menor peligro; los glóbulos rodeados de un óxido formado durante la combustión sólo dejan una pequeña huella blanquecina que desaparece pronto aun en el hule.

Esta combustión que produce un efecto curioso es al mismo tiempo una demostración de la combinación de un metal con el oxígeno del aire: el estaño se transforma, á consecuencia de esta combinación, en un óxido de color blanco.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

NOTAS ALEGRES, *por Angel Pons.* – Muchos son en España los que se titulan caricaturistas ó que de tales se las echan; pero pocos, poquísimos merecen este nombre: entre estos poquísimos y en lugar muy señalado figura Angel Pons, que ha sabido encontrar el verdadero sentido de la caricatura, tan distante de la candidez que nada dice como de la grosería que repugna. Trescientos dibujos contiene el tomo de que nos ocupamos, y todos rebosan gracia y cultura, todos son intencionados, todos tienen el punto de picantez necesario, sin que la sazón llegue nunca á molestar á los paladares más delicados. En *Notas alegres* Angel Pons ha acreditado una vez más las excepcionales cualidades artísticas que han hecho de su firma elemento indispensable en toda publicación satírica; pero además ha revelado otra menos conocida en él, la de escritor elegante, que bien merece este título el autor del bellísimo y bien pensado prólogo que encabeza el libro. *Notas alegres*, editado en Madrid por D. Manuel F. Lasanta, véndese en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.

¡ANDALUZA!, *por M. Martínez Barrionuevo.* – Original en extremo es la idea de este libro, á la vez novela interesante y guía detallado de Andalucía y principalmente de Sevilla: el fondo novelesco de la obra tiene por base una acción sencilla, sentida, atrayente, que se desarrolla, sin efectos de relumbrón, con gran naturalidad y escasos personajes, que desde el primer momento despiertan vivísima simpatía en el ánimo del lector. La parte que nosotros llamamos guía constitúyela una serie de bellísimas y exactas descripciones, con aquella acción enlazadas, que el autor hace de las ciudades, de sus monumentos, de sus habitantes, de sus costumbres, de sus tradiciones, de sus fiestas y, en suma, de todas las manifestaciones de la vida en aquella hermosa tierra, patria del Sr. Martínez Barrionuevo, que como pocos la conoce, la siente y la adora. *¡Andaluza!* está escrito en ese estilo brillante, conmovedor algunas veces, gracioso otras, lleno de pensamientos é imágenes oportunos y castizo siempre, que es característico de su autor. El libro, que forma un elegante tomo de más de 300 páginas, véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.



MR. GROVER CLEVELAND, elegido recientemente para la presidencia de la República de los Estados Unidos del Norte de América

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por D. León Bonel y Sánchez.* – Se ha publicado la entrega 5.ª de esta importante revista, que contiene notables trabajos en su sección doctrinal é interesantes disposiciones en sus secciones legal, de jurisprudencia (sentencias del Tribunal Supremo y decisiones de la Dirección de los Registros), de Cuestionarios y Fueros (continuación de los Fueros de Aragón) y adicional (continuación del índice alfabético comprensivo de las materias contenidas en el Código Civil Español comentado por D. León Bonel y Sánchez). Suscríbese á esta revista en la calle de Fontanella, 44, pral., 1.ª, al precio, por 12 entregas, de 8 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar. Por una entrega suelta, una peseta.

MÚSICA DEL PRESENTE, *por el Dr. D. R. Salvat.* – La música que un día se llamó del porvenir debe ser ya calificada de música del presente; Wagner se ha impuesto á todos; sus teorías en no lejana época rudamente combatidas por tradicionales preocupaciones imperan hoy en el mundo del arte musical, y sus óperas, que en un principio fueron ridiculizadas por la soberbia y por la ignorancia, recorren, ora íntegras, ora en fragmentos, las primeras escenas del mundo y excitan unánime entusiasmo en todos los públicos. De aquí el interés que merece la obra del Sr. Salvat, cuyo análisis nos veda hacer la índole de esta sección. Nos limitaremos, pues, á indicar las partes de que se compone el libro y á consignar que el autor al desarrollarlas demuestra gran competencia artística y depurado gusto. Dichas partes son: Esbozo histórico del drama musical; principales objeciones hechas al wagnerismo y su refutación; superioridad de la escuela de Wagner sobre las demás, por las excelencias de sus fundamentos; barreras de resistencia al wagnerismo en nuestros días; triunfo incipiente del drama musical. *Música del presente*, que se completa con una exposición razonada del argumento de la tetralogía *El anillo del Nibelungo*, véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 21 DE NOVIEMBRE DE 1892 — NÚM. 569

TOMÁS SANZ. LIBRERO SIERPES 90 y 92 SEVILLA

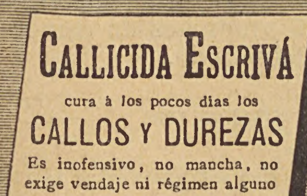




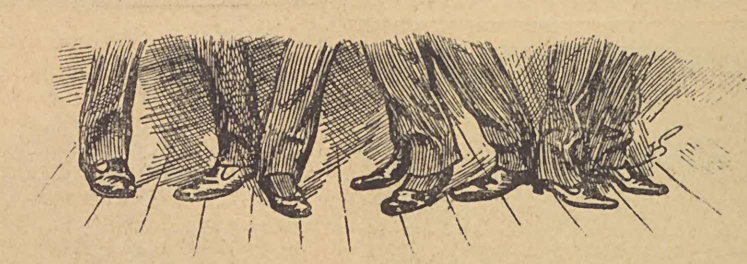








Antes y después del concierto



FÁBRICA la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo menos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otras de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

VINO A CASA A MORIRSE

En el mes de diciembre de 1888 llegó á Gosport un buque de guerra de la marina inglesa. Una ligera mirada era suficiente para quedar convencido de que había terminado un largo viaje desde la India. Traía soldados á bordo: unos venían á su casa con licencia, otros estaban en un estado tan deplorable, que fácilmente se adivinaba el motivo que habían tenido para volver desde el Oriente á la amable patria. De estos pobres algunos pudieron llegar á casa de sus parientes, mientras que otros apenas si tenían fuerzas para soportar la fatiga de llegar hasta el Hospital Naval.

Uno de estos últimos queremos dar á conocer al lector. Puedes figurarte que tendría unos treinta años, aunque había perdido la energía y el vigor de la juventud. La enfermedad había hecho lo que el tiempo hubiera podido hacer, y lo que entró aquel día en el hospital no era más que la sombra de un hombre. Era de admirar que hubiese podido llegar á un puerto de Inglaterra.

Poco tiempo después una casualidad me proporcionó ocasión de escuchar la historia de este soldado de sus mismos labios y hela aquí casi en sus propias palabras. «En 1883 senté plaza de soldado en el regimiento n.° 51 y á poco tiempo me mandaron á la India, adonde llegué á fines de año. El mes de octubre de 1886 salí para la Birmania y allí estuve año y medio, habiéndome hallado en Mandalay cuando el rey Theebaw se rindió á nuestras tropas. Entonces empecé á perder la salud. Al principio sentía una debilidad en la boca del estómago y un abatimiento, que apenas me podía tener. Sentía dolor en el costado derecho y en la espalda. No tenía ánimo para nada y todo me parecía triste y melancólico. No tenía apetito y pasaba las noches sin dormir, hasta que casi me volví loco por falta de descanso. La piel se me puso amarilla y también los ojos, como sucede á los europeos en la India con mucha frecuencia. Tenía la lengua muy blanca, los pies fríos, sentía náuseas, vomitaba y no se me cortaba la diarrea. En este estado pasé en el año 1887 cuatro meses en cama.

»El físico del regimiento y otro médico del Gobierno declararon que tenía disentería. Estaba más endeble que un recién nacido y no había medio de cortar la diarrea que me aniquilaba rápidamente. Al fin me mandaron á Inglaterra y llegué á Gosport en diciembre de 1888, en cuyo hospital estuve hasta el mes de febrero de 1889, en que *me dieron por incurable* y me mandaron á la reserva.

»Me fuí á mi pueblo (Warboys, en el condado de Húutidgdon) y traté de trabajar, lo que me fué imposible, pues estaba tan aniquilado que al principio ni los parientes me conocían. Hubo quien me dijo: «Mira, no compres más ropa, que lo que tú has de necesitar antes de mucho será una mortaja.»

»Al comer, por poco que fuera, tenía que salir corriendo de la mesa por causa de los dolores horribles y descomposición de vientre. Mis padres se alarmaron y me hicieron consultar con un médico, cuyo tratamiento no produjo ningún resultado bueno.

»Al fin el señor Nicholl, el boticario de Warboys, que ahora está en Croydon, me dijo: «Hodson, tome V. el *Jarabe Curativo de la Madre Seigel.*» Compré un frasco y lo tomé, sin que sintiera ningún alivio. Mr. Nicholl me dijo: «Tómelo V. otra vez: tengo tanta confianza en él que estoy dispuesto á darle de balde la segunda botella.»

»Así lo hizo, y antes de haber consumido la mitad de la segunda botella empecé á sentirme mejor. Esto me dió ánimo y me procuré otra botella. Antes de acabarla había mejorado tanto, que empezaron á mandarme á trabajar. Temiendo arriesgarme, dije: «No, esperaremos á que tome otras tres botellas, pues este *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* está haciendo lo que ninguna otra medicina, ni en la India ni en Inglaterra, había hecho antes; me está sacando de las mismas puertas de la muerte.»

»Puede V. suponer que seguí con el *Jarabe de la Madre Seigel* hasta que había tomado la quinta botella. Entonces pude sorprender á todos en Warboys presentándome á ellos tan bueno, tan fuerte y tan robusto como cuando entré en el ejército. Volví á mi trabajo y los *compañeros me miraban como si hubiera resucitado.* Llenos de admiración me preguntaban: «¿Cómo has conseguido esto?» Yo contestaba: «Debo la vida y la salud al *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* y desearía que todo el mundo pudiese oirme decir esto. Desde entonces no he perdido una hora de trabajo y estoy dispuesto á responder á las cartas que se me dirijan. John Hodson, Warboys, Húntingdon, Inglaterra.»

La verdadera enfermedad del señor Hodson era indigestión crónica, ocasionada por el cambio de clima, de alimentos y de costumbres. La diarrea era uno de los síntomas: el esfuerzo de la naturaleza por deshacerse de materia ponzoñosa. El *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* curó la indigestión y como consecuencia necesaria desaparecieron los síntomas, pero nuestro amigo no podía aguardar mucho más para aplicar el mejor y el único remedio.

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, n.° 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

EL CAZADOR CAZADO



¡Una avispa!
¡A ver si la cojo!



¡Ya caerás....!



¡Ajajá! Por fin la atrapé.



¡Calle! ¿Dónde se ha metido?



¡Ay, ay, ay!

Imp. de Montaner y Simón